

CRISIS DE SUBSISTENCIA Y CRISIS AGRARIAS EN LA EDAD MEDIA: ALGUNAS REFLEXIONES PREVIAS

François Menant
École Normale Supérieure, Paris

Crisis de subsistencia y crisis agrarias en la Edad Media,
ed. H. R. Oliva Herrer et P. Benito y Monclús, Sevilla, 2007, p. 17-60.

El título de este coloquio, que he adoptado para la introducción que se me ha solicitado,¹ abarca un campo muy amplio de la economía y de la sociedad medieval: “crisis de subsistencia” y “crisis agrarias” se suceden a un ritmo más o menos rápido a lo largo de la Edad Media y afectan tanto a las ciudades como al campo. Si la “crisis de subsistencia” golpea tanto el mundo urbano como el medio rural – a las ciudades de manera más visible y grave que al campo–, también la “crisis agraria”, a pesar de su nombre, afecta desde muchos puntos de vista a los habitantes de las ciudades, que pueden sufrirla o sacar provecho de ella.

Generalmente la crisis de subsistencia es designada por los contemporáneos y por los historiadores con los términos “hambre” o “carestía” en función de su gravedad.² Por lo que respecta a la crisis agraria, ésta se identifica con la crisis de la producción que origina las carestías (sin ser necesariamente, como veremos más adelante, la única causa de las mismas), pero también abarca las transformaciones de la sociedad rural, la recomposición de la propiedad agraria, la desestructuración económica provocada por las crisis de subsistencia. Se trata de dos fenómenos estrechamente interdependientes que vamos a tratar de analizar. Será preciso intentar comprender sus mecanismos, cuya complejidad aumenta en el tiempo con la de las estructuras económicas, y evaluar sus dimensiones alimentarias, sanitarias y demográficas, así como sus

¹ Estoy muy impresionado por la confianza que me han manifestado los organizadores de este encuentro al llamarme a preparar su introducción, cuando la mayoría de las contribuciones al mismo se refieren a la Península Ibérica, de la que yo no soy especialista. Quiero expresar mi gratitud a Pere Benito, que se ha encargado de la traducción del original en francés, y a Monique Bourin, con quien discutí sobre la concepción de mi trabajo durante la prolongación de nuestra colaboración para la introducción del seminario *Les disettes dans la conjoncture de 1300 en Méditerranée occidentale* (École française de Roma, 27-28 de febrero de 2004). Los consejos de Jean-Pierre Jessenne han permitido orientarme en medio de las publicaciones sobre cuestiones cerealícolas en la Francia del siglo XVIII; del mismo modo, Julien Demade y Gwladys Bernard me han ayudado en algunos puntos de la bibliografía.

² Véase más abajo la discusión sobre el vocabulario.

consecuencias estructurales sobre la distribución de la propiedad, sobre la sociedad rural y sobre el equilibrio entre campo y ciudad.

Me centraré principalmente en el periodo de finales de la Edad Media, y, más concretamente, en las últimas décadas del siglo XIII y en el siglo XIV; fue entonces cuando las crisis de subsistencia y las crisis agrarias alcanzaron su mayor frecuencia e intensidad, convirtiéndose en factores fundamentales de la “gran crisis” que afectó Occidente –sobre ello existe toda una terminología y una temática sobre la que, naturalmente, volveré más adelante de manera más analítica y crítica–. Pero las crisis de los siglos anteriores, desde el siglo VI, deberán también ser analizadas, tanto en sí mismas como en la medida en que permiten comprender mejor las de finales de la Edad Media.

Me ha parecido que mi papel en este coloquio era contextualizar los temas que iban a desarrollarse posteriormente. Por ello, el rápido recorrido por la cuestión que voy a hacer deja casi completamente de lado la Península Ibérica, dado que ésta es precisamente el objeto de la mayoría de comunicaciones que se reúnen en este volumen,³ y por una razón análoga únicamente esbozaré el periodo posterior a la Peste. De manera similar, en la última parte, me limito a presentar las grandes líneas de las consecuencias sociales (en particular el efecto sobre la estratificación y la movilidad social) y económicas de las crisis (el endeudamiento campesino y el mercado de la tierra), terrenos ambos en los que las investigaciones actuales se anuncian especialmente prometedoras; No sería cuestión de tratar a fondo todos los aspectos de un tema tan amplio en esta introducción y me ha parecido indispensable tratar de definir lo mejor posible las crisis situándolas en su contexto histórico e historiográfico. He utilizado muchos ejemplos italianos, que son los que mejor conozco, pero he intentado también, siempre que me ha sido posible –y en la medida en que mis limitadas lecturas me lo permitían– reflexionar a escala europea, identificando a la vez las grandes líneas comunes de la evolución y las especificidades locales que diferencian, por ejemplo, el entorno mediterráneo del noroeste de Europa, o las regiones más urbanizadas de las zonas rurales.

1. DE QUÉ CRISIS HABLAMOS?

1.1 *Tres acepciones del término*

³ Para una aproximación complementaria a estas cuestiones sobre la Península Ibérica, véanse las contribuciones de Antoni Furió, Carlos Lalena y Carlos Reglero al seminario *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

Debemos empezar definiendo lo que entendemos por «crisis» en el marco de este encuentro. No es necesario precisar previamente que, en el sentido que aquí nos interesa, el término aparece con los economistas del siglo XIX,⁴ y que los hombres del siglo XIV, si tienen conciencia de una crisis, lo expresan de otro modo; veremos algunos ejemplos, extraídos de los cronistas. En el campo de la historia económica, el término es tan común que su significado preciso termina por difuminarse; para los historiadores de la economía medieval reviste fundamentalmente tres acepciones diferentes.⁵

a) La “crisis de la Baja Edad Media”

La más común de estas acepciones, pero a la vez la más impropia, se equipara a la expresión “crisis de la Baja Edad Media”.⁶ Se trata, de hecho, de la fase B (estancamiento) de un ciclo económico de larga duración, que abarca el siglo XIV⁷ y casi todo el XV en una buena parte de Europa. Para designar esta fase se emplean también expresiones variadas, de las que la más común es sin duda “la gran depresión”.⁸

b) El cambio de la coyuntura

En sentido propio, la crisis es, de hecho, el cambio de coyuntura en el interior de este ciclo largo, entre la fase A de crecimiento, que se extiende, al menos, desde el siglo IX,⁹ y la fase B. Este cambio, identificado durante mucho tiempo con la Peste de 1348-1350, se sitúa hoy generalmente entorno a 1300, dentro de una horquilla de sesenta años variable según el país. La manifestación más espectacular de la “crisis”, entendida en este sentido y situada alrededor de 1300, es la carestía, que golpea de manera recurrente; ciertamente, ésta juega un papel nada

⁴ Cf. A. GUERREAU, artículo “Crise”, *Dictionnaire du Moyen Âge*, París, 2002, 369-370.

⁵ Véase, por ejemplo, L. PALERMO, *Sviluppo economico e società preindustriali. Cicli, strutture e congiunture in Europa dal medioevo alla prima età moderna*, Roma, 1997.

⁶ En un sentido próximo el término es empleado también para la “crisis del siglo VI” (véase más abajo).

⁷ La fecha de inicio es discutida más abajo.

⁸ Utilizada en último lugar por Guy Bois como título de su libro *La grande dépression*, cuyo subtítulo, sin embargo, vuelve a emplear el término crisis.

⁹ Los inicios de esta fase de crecimiento constituyen aún un debate abierto; no dejan de retroceder desde que un día del mes de septiembre de 1988, en Flarán (*La croissance agricole*), el “año mil” dejó de considerarse una fecha bisagra de la historia económica de Occidente.

desdeñable en la transformación de las estructuras económicas y sociales, que se acelera durante esta época.¹⁰ Un sentido muy próximo a éste es de “crisis del feudalismo”, que designa una lectura particular del cambio de coyuntura.

c) Las crisis cortas: ¿crisis de tipo antiguo?

Un tercer significado de la palabra “crisis” es precisamente el abordado en este coloquio. Se trata de una crisis corta, esencialmente alimentaria y, más concretamente, frumentaria, que dura sólo algunas semanas o algunos meses, aunque en algunos casos, puede prolongarse o, más exactamente, repetirse y agravarse, a lo largo de dos, tres o cuatro años.

La noción que se impone inmediatamente para esta tercera acepción del término es la de “crisis de tipo antiguo” o “de Antiguo Régimen” definida por Ernest Labrousse y convertida en un instrumento de análisis básico para los historiadores modernistas. A priori, esta noción es también operativa para los últimos siglos de la Edad Media, los que nos interesan aquí de manera especial,¹¹ puesto que se dan las condiciones para su desarrollo: una economía de mercado, una amplia circulación de excedentes, una gran proporción –al menos en algunas partes de Europa– de población urbana que debe comprar todos sus alimentos, unas posibilidades de intervención del Estado, una importante producción de bienes manufacturados.... Será necesario, no obstante, verificar con detalle si las modalidades son exactamente las mismas; es lo que haremos más adelante examinando en particular el desarrollo de la crisis.

Por el contrario, anteriormente –antes de los siglos XII y XIII¹²–, la carestía –por lo poco que sabemos – tuvo que ser más o menos estática.¹³ A falta de posibilidades de abastecimiento exterior a gran escala, de ciudades importantes alrededor de las cuales se organizaría el comercio, de la existencia misma de un mercado, una mala cosecha se traducía directamente en hambre la primavera siguiente cuando se habían agotado todas las reservas.¹⁴

¹⁰ La carestía compete también a la temática del riesgo que, a pesar de hallarse actualmente en pleno desarrollo en varios campos, a penas ha alcanzado el estudio de las crisis medievales.

¹¹ Con las expresiones “Baja Edad Media” y “últimos siglos de la Edad Media” que utilizamos a lo largo del texto, nos referimos siempre a los siglos XIII-XV.

¹² Véase más adelante un rápido discusión sobre la evolución de este tipo de crisis a propósito del hambre flamenca de 1125.

¹³ Veremos algunos ejemplos en las narraciones de Raoul Glaber y Galberto de Brujas.

¹⁴ Véase más adelante el debate sobre las hambres de época carolingia, en las que afloran carestía, especulación y previsión económica. No se trata, sin embargo, de considerar que antes del siglo XII la economía occidental funciona globalmente en la autarquía, pero la diferencia de escala de los intercambios entre los dos periodos, la alta y la baja Edad Media, es demasiado flagrante como para insistir en ella.

d) Cuestión de palabras

Llegados a este punto del análisis, se plantea una cuestión de vocabulario. He empezado, al hablar de la crisis de subsistencia, utilizando el término carestía; es el que por regla general emplearé en adelante. Reservaré el de hambre a las situaciones más graves, las que desencadenan mortalidades importantes y también transformaciones estructurales de la economía y de la sociedad; entre ellas, la venta de tierras por parte de los campesinos para comprar alimentos es la más destacada y la de consecuencias más importantes. Por otra parte, el análisis de la gravedad de las crisis –y, por tanto, la elección del término a utilizar– constituirá en sí misma una parte importante de mi trabajo.

La elección de los términos no es, en efecto, una cuestión desdeñable; las lenguas de los países de los que vamos a hablar son más o menos concordantes al distinguir con palabras diferentes los dos niveles de gravedad de la crisis de subsistencia que acabamos de definir. Para referirse a la crisis grave, mortífera y desestructurante utilizan siempre el término hambre (*famine*, *hunger*, *Hungersnot*, *fame*...; y el latín *fames*, a menudo reforzado por un adjetivo como *magna*, *maxima*, etc.) con algunos matices en determinadas lenguas (en italiano *fame* casi nunca es empleado por los historiadores, que prefieren dar un campo más amplio a *carestia*; en español hambre puede también designar la carestía compitiendo con hambruna y carestía).

En cambio, las elecciones difieren cuando se trata de designar el grado menos grave de la crisis de subsistencia, y las connotaciones de las palabras consideradas pueden tener un cierto interés para el historiador. El italiano y el español utilizan *carestia* y *carestía*, recogiendo un término latino frecuente entre los cronistas medievales (*carestia*, *caristia*); el francés dispone de *cherté*, pero emplea más frecuentemente y de manera más general *disette*, el inglés *dearth* o *scarcity*. Si estos últimos términos evocan la escasez, la falta (que expresa ya el latín *penuria*, que compite en ocasiones con *carestia*), el latín *carestia* y sus derivados, en cambio, hacen probablemente referencia al precio excesivo (*carus*), aunque no todos los historiadores están de acuerdo con ello: para algunos, *carestia*¹⁵ deriva de *carere*, faltar. Esta segunda etimología

¹⁵ W. Abel, *Crise agraires en Europe (XIII^e-XX^e siècle)*, Paris, 1973, 31 se inclina implícitamente por *carus*. Según este autor la substitución del término *fames* por *caristia* en las fuentes alemanas publicadas F. Curschmann, *Hungersnöte im Mittelalter*, Leipzig, 1900, sugiere una transformación del carácter de las carestías durante el siglo XIII. Según Abel, no se trataría tanto de una attenuación (carestía menos grave que hambre), como del paso a una economía monetaria, lo que se verifica por todas partes en esta época. Niermeyer elige también la etimología *carus*. Niermeyer, *Lexicon*, artículo *caristia* (*charistia*, *carestia*) (de *carus*):

remite a la simple noción de falta, de insuficiencia alimentaria; en cambio, si elegimos la etimología *carus*, el uso dominante o exclusivo de *carestia* en las fuentes (y entre los historiadores) identifica el precio excesivo de los alimentos, y no su escasez, como el carácter dominante de la crisis de subsistencia. Esta elección sitúa, de entrada, el fenómeno dentro de la economía monetaria y abre perspectivas considerables sobre las causas y los mecanismos de las crisis: los alimentos no faltan, pero su precio es demasiado elevado para la mayoría de consumidores; se trata mucho más de una crisis de distribución que de producción. Más adelante volveremos a analizar esta cuestión con mayor detalle.

1.2. Una historiografía diferente para cada una de las tres acepciones.

a) La historiografía de la “gran depresión”.

La “crisis de la Baja Edad Media” ha dado lugar a una bibliografía torrencial,¹⁶ tanto a nivel descriptivo (peste negra, pueblos abandonados, despoblación..) como analítico (mecanismos, causas, consecuencias), y a debates animados que solo nos afectan tangencialmente. Cabe señalar, sin embargo, una particularidad que podrá resultarnos útil. Siendo desde los años 50 un concepto fundamental para los medievalistas franceses, alemanes y, sobretodo, anglosajones, la “crisis de la Baja Edad Media” ha permanecido como un objeto extraño entre los italianos y, en menor medida, entre los españoles. En Italia la “crisi del Trecento” tiene un sentido esencialmente político y en su acepción económica no fue introducida hasta finales de los años 60. Para la Península Ibérica, tomaré el caso de Cataluña, donde el francés Pierre Vilar introdujo la noción en 1962 –con connotaciones que después han sido ampliamente revisadas¹⁷–. En ambos casos, se trata en buena medida de la importación de un modelo extranjero, y el norte de Italia y en especial la España ex-musulmana y Sicilia, pueden aducir particularidades de su historia económica para considerarse excepciones de la “gran depresión”.

periodo de alza de los precios de los cereales, siglo XIII. No obstante, la etimología *carere*, faltar, encontró una mayoría de defensores en el debate que abordó esta cuestión durante del seminario *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

¹⁶ Véase, por ejemplo, la página Web de John Munro, de la universidad de Toronto: <http://www.economics.utoronto.ca/munro5>.

¹⁷ P. VILAR, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, 1962. Sobre las revisiones, véase A. FURIO, “Les disettes en Catalogne et dans le royaume de Valence”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

b) La historiografía de la “coyuntura de 1300”.

La problemática de la “coyuntura de 1300” ha emergido más recientemente, pero ha suscitado, sin embargo, un corpus de trabajos importante, en especial en el mundo anglo-sajón.¹⁸ Un programa de investigación en curso se propone verificar en qué medida el modelo, definido principalmente a partir del noroeste de Europa (Inglaterra y Flandes), puede aplicarse al Mediterráneo occidental. Los primeros encuentros han permitido ya poner de relieve diferencias bastante importantes.¹⁹

c) La historiografía de las “crisis de tipo antiguo”.

Las crisis de tipo antiguo han suscitado pocos estudios entre los medievalistas, y estos raramente han trascendido el marco local. Esta es uno de las razones que ha motivado la celebración del coloquio “Crisis agrarias y crisis de subsistencia en la Edad Media” cuyos resultados se recogen en este volumen. Se trata de precisar los perfiles de un objeto historiográfico aún mal conocido como tal. Hasta aquí los trabajos se han centrado sobre las crisis más espectaculares, en particular la que golpeó el noroeste de Europa en 1315-1317.²⁰ Igual que para las dos nociones anteriores, una buena parte del trabajo, cuando se trata de países mediterráneos, consiste en verificar y pasar por la criba nociones forjadas para otros contextos.

Conviene subrayar, sin embargo, que las crisis cerealistas juegan un papel determinante en la “coyuntura de 1300”, ya sea como indicadores del cambio de coyuntura, o como elementos del propio cambio, puesto que al repetirse tienen consecuencias estructurales: descenso demográfico, emigración, transferencias de tierra... En los estudios de las dificultades de en torno a 1300 encontramos, pues, un corpus importante de conocimientos y de análisis sobre las crisis del momento. Estos trabajos ilustran el hambre de 1315-1317 en el noroeste de Europa, las

¹⁸ Sobre la noción de “comercialización”, véase más abajo.

¹⁹ *Les disettes dans la conjoncture de 1300* (Roma, École Française de Rome, febrero de 2004); «Dinámicas comerciales del mundo rural: actores, redes y productos» (Madrid, Casa de Velázquez, octubre de 2005) y programa de conjunto en la página <http://www.lamop.univ-paris1.fr/lamop/LAMOP/lamopII.Crise.htm>.

²⁰ Estas fechas son las del periodo de hambre, que empieza a comienzos de 1315, cuando se hacen sentir los efectos de la mala cosecha de 1314, y termina en la mayoría de regiones con la buena cosecha de 1317 (véase más abajo). En algunas regiones, sin embargo, las dificultades se prolongan más allá, llegando en algunos casos hasta 1322. Análisis de base: E. PERROY, “A l’origine d’une économie contractée: les crises du XIV^e siècle”, *Annales ESC*, 1949, 165-182, y W. C. JORDAN, *The Great Famine*, Princeton, 1992.

carestías más o menos contemporáneas y sus consecuencias sobre el mercado de la tierra en Toscana y especialmente en Florencia (región y ciudad excepcionales en Italia por la documentación y amplitud de estos fenómenos) y, de manera más difusa, los malos años en Inglaterra entre 1270 y 1347 (horquilla máxima poco precisa), en el centro y el norte de Italia, en el Languedoc... Ampliamente descritas por los cronistas y a menudo iluminadas por abundantes fuentes documentales, estas grandes carestías nos brindan estudios de caso de primer orden. El primer encuentro del programa “La conjoncture de 1300 en Méditerranée occidentale”, dedicado precisamente a las carestías, hizo un balance del conocimiento sobre los malos años de este periodo y sus consecuencias.

d) El consenso sobre una economía dinámica.

Como conclusión de este primer punto dedicado a la identificación de nuestro objeto, podemos señalar que todos los análisis que acabamos de citar y este que mismo coloquio, participan de una concepción global de una economía medieval dinámica, en constante transformación (contrariamente a lo que durante mucho tiempo han creído los economistas y que algunos de ellos aún sostienen): las crisis de las que estamos hablando no son simples accidentes que habrían perturbado una economía “fría” que se restablecería simplemente volviendo a la situación anterior. Son factores de una evolución económica que no conoce final ni pausa.

Evidentemente, la evolución de la que participan estas crisis cortas afecta también la sociedad. A la salida de una crisis, hay siempre perdedores, pobres, arruinados o, simplemente, muertos; pero también hay ganadores que han sabido sacar provecho de la coyuntura para aumentar su riqueza y su poder. En nuestros análisis de las crisis debe siempre estar presente el trasfondo de la evolución de las estructuras económicas y sociales de las que aquellas participan.

2. ELEMENTOS DE CRONOLOGÍA

2.1. *Lecciones de la Alta Edad Media*

Una rápida evocación de la situación en la Alta Edad Media será útil para completar la cronología de conjunto y para comprender algunos elementos que se encuentran posteriormente, aunque con menor nitidez.

a) Gran crisis y carestías

Recordemos que Occidente atravesó durante el siglo VI un periodo particularmente difícil en el que concurrieron la peste, el hambre –desencadenada por una fase lluviosa secular, en un contexto general desfavorable de depresión agrícola y de desorganización social–, desplazamientos de la población y guerras destructivas.²¹ Gregorio de Tours dejó un relato de estas catástrofes justamente famoso.²² Por lo demás, la amplitud, la cronología y la diferenciación geográfica de esta “crisis del siglo VI” son ampliamente discutidas actualmente, sobre todo bajo el impulso de los arqueólogos.²³

Las hambres que habían salpicado la “crisis del siglo VI” reaparecen esporádicamente durante los siglos siguientes, incluso si, según la opinión hoy admitida, el crecimiento ya ha comenzado. Sin embargo, los episodios realmente graves son poco numerosos. Entre el siglo VIII y el XI, Curschmann localiza 64 carestías o hambres señaladas por los cronistas, es decir, una cada seis o siete años de media.²⁴ El ritmo se ralentiza a medida que el crecimiento se consolida –en la medida en que podemos esbozar recuentos basados en evidencias muy fragmentarias–, puesto que el reinado de Carlomagno (768-814) había sufrido de media una carestía cada cuatro años. En cualquier caso, los soberanos ya no se preocupan, cuando el propio Carlomagno durante dos de las hambrunas más graves de su reinado (792-793 y 805-806), había promulgado un

²¹ Para medir la significación de esta crisis, sería necesario ponerla en relación con las condiciones de abastecimiento y los riesgos de carestía en el mundo antiguo, factores ambos que han sido ampliamente estudiados. Partiremos de los trabajos de Peter Garnsey, *Famine et approvisionnement dans le monde gréco-romain. Réactions aux risques et aux crises*, París, 1996; Id., *Cities, peasants and food in classical Antiquity. Essays in social and economic history*, Cambridge, 1998; Id., “Responses to food crisis in the ancient mediterranean world”, L.F. NEWMAN (ed.), *Hunger in History. Food Shortage, Poverty and Deprivation*, Oxford, 1990, 126-146. La evolución entre la Antigüedad y la Alta Edad Media en este ámbito no se limita a las transformaciones de las condiciones de abastecimiento (declive de las ciudades, de las redes de transporte, de los sistemas de detracción fiscal..), sino que comprende también un cambio de las prácticas alimentarias. El pan cede, en parte, su lugar a otras formas de consumo de cereales y a los productos del bosque (véase más adelante a propósito de los trabajos de M. Montanari). Para una perspectiva histórica más amplia –aunque necesariamente rápida– de las cuestiones relativas a la alimentación y a las hambres, se puede consultar *Hunger in history*, en especial la parte III, *Hunger in complex societies*, y el artículo general de Newman, Herlihy et alii, “Agricultural intensification, urbanization, and hierarchy”, *Hunger in history*, 101-125. En cambio, el volumen *Las crisis en la historia*, Salamanca, 1995, no nos sirve para nuestro propósito.

²² Véase más adelante. Procopio, otro gran cronista de esta época, da una descripción comparable del hambre que acompaña la “guerra gótica” en Italia (fragmentos: M. MONTANARI, *La faim et l’abondance. Histoire de l’alimentation en Europe*, París, 1995, 15-16).

²³ Se puede partir de la exposición rápida pero reciente de J.-P. DEVROEY, *Économie rurale et société dans l’Europe franque (VI^e-IX^e siècles)*, I, París, 2003, 44-47. Otro debate reciente, rico en sugerencias pero poco arqueológico: Michael MCCORMICK, *Origins of the European Economy: Communications and Commerce, AD 300-900*, New York, 2002

²⁴ Cálculos de Devroey, *Économie rurale*, 76. Para los datos que siguen, *ibidem*.

conjunto de prescripciones destinadas a reducir sus efectos (capitulares de 794 y de 805). Incluso las hambres aparentemente graves de 821-822, 868 y 896 no despiertan ningún eco entre los dirigentes²⁵ que, cierto es, tienen otras preocupaciones igualmente urgentes y, en cualquier caso, legislan cada vez menos.

Durante el encuentro de Flaran de 1988, decisivo en la adopción de la cronología altomedieval del crecimiento, estas crisis alimentarias persistentes en una coyuntura positiva fueron interpretadas como crisis de crecimiento de la economía occidental, efectos del reajuste entre la evolución demográfica y la de las estructuras de producción. Esta interpretación nos será útil cuando examinemos, más adelante, las crisis alimentarias de los siglos XII y XIII.

Otro aspecto de estos episodios merece una reflexión. Algunas prescripciones de 794 y 805 evocan ya políticas cerealistas que volveremos a encontrar a partir del siglo XIII y que se repetirán incansablemente hasta el XVIII: la constitución de stocks, la venta de cereales a precios moderados, el establecimiento de tarifas máximas para el pan y para los granos (esta última, cierto es, muy imprecisa: la capitular de 805 añade simplemente “que nadie venda su grano demasiado caro”). Más allá de su vaguedad y de la ignorancia casi absoluta que tenemos de sus efectos, estas prescripciones certifican la existencia de un mercado o, al menos, una actividad no despreciable de venta de cereales, de una cierta homogeneidad de los precios a lo largo y ancho del imperio y de unos instrumentos de intervención en manos de las autoridades. Ya en este momento, por tanto, la carestía no es un fenómeno completamente estático, gobernado por la inercia de las estructuras de producción y la insuficiencia de las de intercambio. Lo que sabemos del transporte de excedentes organizados por los grandes propietarios eclesiásticos entre sus dominios apunta en la misma dirección. Estos testimonios de organización del abastecimiento son, no obstante, aislados y la disgregación del imperio les asentó seguramente un duro golpe.

b) Recursos alimentarios alternativos y arqueología

La situación alimentaria anterior al año mil invita también a introducir en la apreciación de la de la Baja Edad Media, elementos importantes que, por lo general, se tiene tendencia a olvidar. Las fuentes de los últimos siglos de la Edad Media, y en mayor medida aún, los comentarios de los medievalistas, se centran en los cereales, en especial en los cereales

²⁵ En el momento de la convocatoria del sínodo de 829, Luis el Piadoso enumera, sin embargo, los males que agobian el país: «el hambre persistente, la mortalidad de animales, las epidemias, la escasez de casi todos los frutos» (DEVROEY, *Économie rurale*, 77).

panificables –el trigo por excelencia–, porque constituyen la masa de las rentas de los campesinos dependientes, de los productos comercializados y de la alimentación de la élite y de los habitantes de las ciudades.²⁶ Esta predilección margina los cereales secundarios, consumidos como purés y sopas más que en forma de pan, las leguminosas y las castañas; sin embargo son componentes esenciales de la alimentación de algunos grupos sociales, sobre todo del campesinado,²⁷ pero casi no aparecen en el mercado ni en las fuentes escritas.

Vayamos un poco más lejos. Las plantas cultivadas que aparecen en la documentación ocultan completamente los tipos de alimentos alternativos, obtenidos de la recolección en el *saltus* pastoril y en los espacios boscosos. Estas prácticas alimentarias se aprecian mejor durante la Alta Edad Media que, sin duda alguna, recurre a ellas ampliamente, en especial –aunque no únicamente– como paliativo cuando los cereales comienzan a faltar.²⁸ Los baldíos, más extensos que después de las “grandes roturaciones”, se encuentran muy próximos y ofrecen múltiples recursos alimenticios: durante el hambre de 586-587 se hace pan “con pepitas de uvas, avellanas, algunos incluso con raíces de helechos; las secaban y las reducían a polvo mezclándolas con un poco de harina.” Es cierto que otros “que no tenían harina, recogiendo varias hierbas y comiéndolas, se hincharon y perecieron”.²⁹ El recurso a la vegetación salvaje supone, en similar medida al de las plantas cultivadas, un saber y un saber hacer, que el hombre de la Alta Edad Media –que es, por definición, un campesino, a excepción de una élite numéricamente restringida– mantiene mediante la explotación cotidiana de las tierras incultas. Las hierbas, las raíces, los frutos salvajes forman parte de la comida, incluso fuera de los períodos de hambruna.³⁰

²⁶ Véase más adelante.

²⁷ La alimentación campesina, sin embargo, también evoluciona. A. Riera Melis (“Société féodale et alimentation (XII^e-XIII^e siècles)”, FLANDRIN, J.-L.; MONTANARI, M. (dir.), *Histoire de l’alimentation*, París, 1996, 397-418), por ejemplo, observa entre los campesinos de los siglos XII-XIII –al menos en Cataluña– una tendencia a consumir bajo forma de pan cereales con los que anteriormente se hacían purés y sopas. Cf. A. CORTONESI, “I cereali nell’Italia del tardo Medioevo. Note sugli aspetti qualitativi del consumo”, *Alimentazione e nutrizione, secc. XIII-XVIII*”, 263-277.

²⁸ Es la gran lección de los trabajos de M. Montanari, *L’alimentazione contadina nell’alto Medioevo*, Nápoles, 1979; más en general, Id., *La faim et l’abondance. Histoire de l’alimentation en Europe*, París, 1995, y Id., “Structures de production et systèmes d’alimentation”, *Histoire de l’alimentation*, París, 1996, 283-293.

²⁹ Grégoire de Tours, *Historia Francorum*, VII, 45, traducción y comentario de Devroey, *Économie rurale*, 87. Montanari, *La faim*, 46, comenta en el mismo sentido una anécdota referente a un ermitaño neófito, que enferma al querer alimentarse de hierbas sin conocerlas bien.

³⁰ A los recursos vegetales de los terrenos baldíos, podríamos añadir los recursos animales. En la Alta Edad Media, fuera de las reservas reales y señoriales, la caza está aún relativamente abierta y es constantemente practicada como “caza de cosecha libre” por las poblaciones del sur de Europa (DEVROEY, *Économie rurale*, 92; R. LE JAN, “Le don et le produit sauvage au haut Moyen Âge”, *L’uomo e la foresta*, Prato, 1996). Por lo que respecta a la pesca, puede tener un lugar importante, como en la baja llanura del Pô, transformada en

Massimo Montanari ha podido definir la Alta Edad Media como un momento de equilibrio excepcional en la historia alimentaria del Occidente, caracterizado por la integración entre dos modelos alimentarios, dos conjuntos de recursos naturales.³¹

Cambiemos de época. Para medir la gravedad real de las carestías de los siglos XIII-XV, haría falta poder responder a la pregunta: los hombres de esta época, ¿saben aún alimentarse de los productos de los baldíos? ¿Existen aún suficientes tierras baldías para sacar de ellas alimentos de substitución en caso de necesidad? En todo caso, la urbanización interrumpe el acceso de las masas urbanas a los productos del *saltus*: en primer lugar geográficamente y en mayor medida, culturalmente. Un habitante de la Florencia del 1300, aún queriendo alimentarse de raíces y de bayas salvajes, no debía poseer el conocimiento íntimo de los recursos alimentarios salvajes ni de su localización y tampoco podría acceder a ellos.³²

Otra lección de la Alta Edad Media en este terreno es la importancia de la arqueología para ofrecer una información que puede diferir mucho de la de las fuentes escritas. Dos ejemplos totalmente banales sirven para corroborar esta reflexión: el consumo de plantas salvajes, a cuya importancia nos hemos referido, escapa totalmente a la documentación escrita, al margen de referencias excepcionales como la de Gregorio de Tours. La arqueología, por el contrario, lo refleja abundantemente en los depósitos, letrinas y otros lugares que guardan la memoria del consumo humano.³³ Más adelante veremos una aplicación del recurso a la arqueología para ampliar nuestras reflexiones de historiadores sobre la alimentación en la Baja Edad Media.

2.2 ¿Cuál es la incidencia de las carestías entre 1033 y 1270?

a) “El retorno del hambre”: un concepto clásico que hay que matizar

reserva acuática por las inundaciones del siglo VI (P. SQUATRITI, *Water and Society in Early Medieval Italy. A. D. 400-1000*, Cambridge, 1998).

³¹ MONTANARI, *La faim et l'abondance*, 13-58; cf. DEVROEY, *Économie rurale*, 26-39.

³² Cabe remarcar, por otra parte, que un autor como Franco Sacchetti, cuya traducción a cura de Odile Redon y Jacqueline Brunet ha acrecentado el interés por las prácticas alimentarias, en particular las relacionadas con las estancias de los florentinos en la campiña, no menciona nunca alimentos del *saltus*, a excepción, naturalmente, de la caza, como manjar selecto y símbolo de estatus social (*Tables florentines. Écrire et manger avec Franco Sacchetti*, París, 1984).

³³ No citaremos aquí la extensa literatura producida por una o dos generaciones de arqueólogos sobre este tema, sino simplemente, a título de ejemplo especialmente cercano a las preocupaciones de los historiadores, el artículo de M.-P. Ruas, “Alimentation végétale, pratiques agricoles et environnement du VII^e au X^e siècle”, *Un village au temps de Charlemagne*, París, 1988, 203-213, y, de carácter más general, el de M.-P. Ruas y P. Marinval, “Alimentation végétale et agriculture d’après les semences archéologiques”, *Pour une archéologie agraire*, París, 1991, 409-439.

Jacques Le Goff acuñó la formula del “retorno del hambre” para definir la inflexión producida entre los siglos XIII y XIV, adoptada después por Massimo Montanari.³⁴ La expresión solo se entiende en relación a la “época del hambre” que sería la Alta Edad Media (siglos V-X). Este es el punto de vista clásico que encontramos en todos los manuales.³⁵ La última hambruna general sería la de 1031-1033, provocada por lluvias torrenciales duraderas –causalidad climática habitual, podría decirse, en el ámbito del norte de Europa–. Fue descrita de forma impactante por Raoul Glaber, cuya narración culmina con escenas de antropofagia y con una descripción llamada a convertirse en un clásico del sufrimiento de los hambrientos.³⁶ La interpretación tradicional considera que a continuación hubo después tres siglos sin hambres, hasta 1315, acompañando la fase de crecimiento. Según la cronología que entonces se daba, desde principios del siglo XI hasta principios del XIV.

Este esquema parece, sin embargo, demasiado rígido. Es innegable que los malos años se multiplicaron y agravaron en el último tercio del siglo XIII, quizá un poco antes, o en todo caso, como muy tarde –para las regiones cronológicamente más desfasadas– durante las primeras décadas del siglo XIV. Esta abundante presencia de la carestía a fines siglo XIII, que pudo derivar en hambre a principios del siglo XIV, a la luz de las últimas reflexiones no parece constituir, sin embargo, un verdadero “retorno del hambre”, después de un periodo de abundancia sin matices. Se trata, más bien, de una intensificación –muy fuerte, cierto es– del ritmo y de la dureza de los malos años, que parecen no haber cesado nunca y haber formado un trasfondo inquietante de la fase del crecimiento.

Las carestías están en efecto presentes incluso antes de fines del XIII. A través de las crónicas, únicas fuentes disponibles hasta las cuentas inglesas del siglo XIII, se identifica su retorno periódico en plena fase de crecimiento.³⁷ Es lo que ha hecho Pere Benito, cuyo trabajo en curso confirma la recurrencia en el conjunto de Europa Occidental entre los siglos XI y XIII.³⁸ Algunas de estas penurias derivan ciertamente en hambre, provocando mortalidades puntuales,

³⁴ MONTANARI, *La faim et l'abondance*, 97.

³⁵ Comenzando –a excepción de algunos matices– por mi artículo “Famine” en *Les Capétiens. Histoire et dictionnaire*, París, 1999, 848

³⁶ Raoul GLABER, *Histoires*, Turnhout, 1996, IV, 11. Sobre la antropofagia, P. BONNASSIE, “Consommation d’aliments immondes et cannibalisme de survie dans l’Occident du haut Moyen Âge”, *AESC*, XLIV (1989), 1035-1056.

³⁷ El inventario de Curschmann, *Hungersnöte*, lo ilustra de manera excepcional.

³⁸ Véase el artículo de Pere Benito en este volumen y dentro las actas de *Les disettes dans la conjoncture de 1300* (en preparación).

pero importantes. Antoni Riera estima que todas las regiones de Europa conocen el hambre cada veinticinco años aproximadamente y subraya de manera especial las de 1195-1197 y 1224-1226,³⁹ que afectaron a gran parte del continente.

Esta permanencia de la carestía – sin duda menos violenta que en la etapa posterior– no tiene nada de sorprendente a la luz de la reflexión siguiente: el crecimiento no se concibe sin crisis que acompañan los ajustes entre sus distintas variables –la demografía, la producción y su reparto–. Lo hemos constatado anteriormente para la época carolingia. Es normal, en una economía preindustrial, que las condiciones climáticas impliquen malas cosechas de una periodicidad variable y que los estrangulamientos de la información y de los transportes impidan paliar eficazmente sus efectos. Recordemos que todavía la Francia de Luis XIV sufrió toda una serie de hambres crueles, combinadas con mortalidades masivas y todas las escenas horribles que ya describían Gregorio de Tours y Raoul Glaber.⁴⁰ El “retorno del hambre” hacia 1300 no es sino una aceleración de la frecuencia de los malos años y un agravamiento de algunos de ellos, especialmente cuando se produce un encadenamiento de varias malas cosechas.

b) Apreciaciones sobre las carestías del siglo XIII

Unas fuentes más abundantes permiten constatar que el siglo XIII –el siglo del crecimiento en su apogeo– no fue indemne al retorno periódico de las carestías. Estas parecen, sin embargo, relativamente espaciadas y sólo excepcionalmente se transforman en hambres mortíferas. Es lo que indica una rápida ojeada –que naturalmente convendría confirmar mediante de un estudio más profundo–, a los trabajos relativamente recientes sobre Inglaterra y el centro-Norte de Italia y al ineludible Curschmann para Alemania.

Los cronistas italianos⁴¹ del siglo XIII parecen conceder mayor interés a los problemas alimentarios que sus predecesores, pero ello puede ser simplemente debido simplemente al hecho de que descienden mucho más al detalle. Más allá de las carestías limitadas y locales, solo señalan algunas grandes penurias generales: después de la de 1178-1182, encontramos

³⁹ A. RIERA MELIS, “Société féodale et alimentation (XII^e-XIII^e siècles)”, 397-418.

⁴⁰ Y también las crónicas alemanas, especialmente en 1099-1100 (y también en 1101 en algunas regiones) y 1195-1197 (CURSCHMANN, *Hungersnöte*, 127-128 y 156-161).

⁴¹ M.S. MAZZI, “Demografia, carestie, epidemie tra la fine del Duecento e la metà del Quattrocento”, *Storia della società italiana*, 7, *La crisi del sistema comunale*, Milán, 1982, 11-37; G. ALBINI, “Un problema dimenticato: carestie ed epidemie nei secoli XI-XIII. Il caso emiliano”, COMBA, R.; NASO, I. (dir.), *Demografia e società nell’Italia medievale (secc. IX-XIV)*, Cuneo, 1994, 47-67; P. SAVY, “Sources narratives lombardes sur les disettes entre le XIII^e et le XIV^e siècle”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

únicamente las de 1227-1228 y 1243.⁴² Sólo los encadenamientos de dos o tres años malos son verdaderamente difíciles y, como tales, los señalan; se agravan por las guerras entre Federico II y la segunda liga lombarda que continuamente devastan los campos. Sin embargo, las carestías toman la forma de simples escaseces, alcanzándose precios disuasorios para la mayor parte de los consumidores, pero sin mortandades o, en cualquier caso, sin grandes mortandades.⁴³

Podemos hacer constataciones análogas para Inglaterra, comparando una crónica, la celebre de Matthew Paris –gracias a un artículo de Jacques Le Goff⁴⁴, y las cuentas de las cosechas de los grandes dominios. Entre 1234 y 1259, Matthew Paris anota los fenómenos naturales, en especial las malas cosechas y los precios elevados que resultan de las mismas (también señala las buenas cosechas y los precios bajos, como en 1254). Ahora bien, encuentra pocos años mediocres. Por otra parte, la mayoría de sus observaciones no concuerdan con las indicaciones de las cuentas de Winchester y los demás datos contables reunidos por Chris Dyer a partir de los trabajos de primera mano realizados sobre estas fuentes excepcionales;⁴⁵ solo hay concordancia en 1256-1258. Pero la tendencia general es la misma en las dos fuentes: los malos años son raros (1234, 1249) y nunca catastróficos, salvo el de 1257-1258. Incluso en este último caso la catástrofe se evita gracias a las importaciones de ultramar. Hay muertos, numerosos incluso en 1257, pero más como consecuencia de la epidemia que del hambre, y el año siguiente solamente mueren los pobres. En 1249, Matthew Paris lamenta que la falta de trigo obligue a comer pan negro. Estamos lejos del hambre. Matthew Paris, como lo hacen de manera más sumaria muchos cronistas, indica, sin embargo, fenómenos agravantes que acompañan regularmente las carestías: epidemias entre los hombres, que matan más que el hambre, y epizootias en el ganado, que reducen los recursos alimentarios y la fuerza de trabajo. La gravedad del hambre de 1257 se debe a una gravosa exacción fiscal tras la cosecha de 1256, perdida como consecuencia de las fuertes lluvias. La falta de numerario provoca una pobreza inaudita y las tierras permanecen yermas. El encadenamiento causal no es explícito, pero es perfectamente inteligible dado que, como consecuencia de las lluvias del año anterior, no hay reservas de grano, ni tan siquiera para la siembra.

⁴² ALBINI, “Un problema dimenticato”.

⁴³ Sobre las dificultades que plantea el cálculo de la mortalidad, sobretodo la de los pobres, véase más adelante.

⁴⁴ J. LE GOFF, “Bulletins météorologiques au XIII^e siècle”, *Milieux naturels, espaces sociaux. Études offertes à Robert Delort*, París, 1997, 55-70.

⁴⁵ C. DYER, *Standards of living in the later Middle Ages. Social change in England, c. 1200-1520*, Cambridge, 1989.

La situación alemana parece peor o ¿acaso es una impresión inducida por la exhaustividad del trabajo de Curschmann⁴⁶? El espacio germánico sufre a lo largo del siglo XIII series de años de carestías graves, seguidos a menudo de mortalidades masivas, que se repiten aproximadamente cada veinte años: 1195-1197, 1224-1226, 1245-1249, 1270-1272. A éstas se añaden cada dos o tres años carestías de alcance regional,⁴⁷ que parecen especialmente severas en los países periféricos del Este.⁴⁸ Los cronistas invocan regularmente las malas condiciones climáticas, sobre todo la lluvia, como la causa directa de la pérdida de las cosechas y de las carestías subsiguientes. Éstas a menudo toman la forma de una escasez, que indica el recurso habitual al mercado. Igual que sus colegas italianos e ingleses, los cronistas alemanes, para informar el lector de la gravedad de la carestía, optan a menudo por dar los precios que alcanzan el trigo u otro cereal, los cuales constituyen una especie de escala de la dureza de los tiempos.

Podríamos evocar otra fuente que sugiere la existencia de carestías reales pero espaciadas durante los dos primeros tercios del siglo XIII: las primeras leyes que fijan el precio del trigo o del pan,⁴⁹ a partir de mediados del siglo XIII, por toda Europa.⁵⁰ Son promulgadas en Nuremberg a principios del siglo XIII, en Liège en 1252, en Lübeck en 1255, en Inglaterra en 1266, en Marsella en 1273. La difusión de estas leyes evoca, al mismo tiempo que la expansión de la economía monetaria, el temor creciente a la falta de trigo, pero son muy esporádicas hasta finales del siglo XIII, lo que sugiere que el peligro aún no es acuciante.

c) Una gran carestía a principios del siglo XII: Flandes, 1125

⁴⁶ G. DUBY, *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, París, 1962, I, p. 217, es de un optimismo infundado: «Una última amenaza fue parada en 1217-1218 en la vieja Alemania gracias a la importación de granos de las tierras nuevas del Este. No se conocen otras penurias generales en Alemania...entre 1215 y 1315, más allá de algunas carestías que golpearon principalmente provincias relativamente alejadas como Austria». Curschmann, *Hungersnöte*, al cual remite sin precisar la página, cita en 1217-1218 una hambre en el este y el norte de Alemania, y no en el oeste, y no habla de importación (pp. 164-166 para estos años). En 1245 empieza otra carestía trienal: *circa Pentecostem [4 juin] pluvia tantum increvit, quod segetes in multa parte perierunt ; et sic eo anno facta est maxima penuria panis, et duravit usque post diluvia illa multiplicita, que fuerunt anno Domini 1249* ; etc.

⁴⁷ Para el decenio de 1250-1260, por ejemplo: en 1250, carestías en Renania, en 1253 *fames et mortalitas maxima* en Lorrena, en 1254 cosechas perdidas en Bohemia y en el Danubio, seguidas de una carestía en 1255 en esta última región, en 1256 carestía en Alsacia, etc.

⁴⁸ Austria, sometida varias veces a graves carestías, Bohemia, Livonia, donde el canibalismo reina en 1233, y Hungría, donde la invasión mongol de 1241-1242 desencadena una terrible hambre que llega también hasta la antropofagia.

⁴⁹ O, más exactamente, el peso del pan. En caso de escasez, se rebaja el peso del pan mientras se mantiene su precio fijo. Sobre la preferencia de los consumidores por la compra de trigo en lugar de pan, véase más abajo.

Poseemos un testimonio excepcional de una carestía de gran alcance, especialmente interesante porque afecta la ciudad de Brujas y Flandes, donde dos siglos más tarde hará estragos el hambre de 1315-1317: el relato de Galberto de Brujas en su “Historia del crimen de Carlos el Bueno”. En este texto merecidamente famoso Galberto, burgués de Brujas, describe el contexto político y las circunstancias que envolvieron el asesinato del Conde en 1127. El relato empieza con una contextualización histórica y moralizante, centrada en el hambre que devastó Brujas y su campiña (como sucedió en otras regiones de Europa) desde el comienzo la Cuaresma de 1125 (11 de febrero) hasta la cosecha.⁵¹

El texto de Galberto permite comparar las características de la carestía en estos dos períodos y observar las novedades que eventualmente introducen las carestías de comienzos del XIV. La descripción del hambre de 1125 presenta, en efecto, unos rasgos contrastados.

Por una parte, evoca las hambres de los siglos anteriores, como la que refiere Raoul Glaber, por las condiciones en las que se desarrolla la calamidad –consecuencia inmediata de un incidente climático– y por la gran mortalidad, provocada por la ausencia de importaciones suficientes. El retorno de la antropofagia es incluso mencionado por otro cronista:⁵² “la gente se comía a sus hijos pequeños [...] e incluso a los de los demás.” La limosna es el único remedio, insuficiente incluso cuando procede del propio conde. Aparentemente no se ha organizado nada en previsión del hambre.

Los trazos “modernos” de este fresco no son, sin embargo, menos sorprendentes: el papel de los mercaderes, que indica que había posibilidades de importar; el detalle de la conversión –ciertamente forzada– de los mercaderes de vino en mercaderes de trigo se reencuentra en las carestías del siglo XIV. La centralidad de la ciudad es otro rasgo “moderno”: los campesinos sufren más que los habitantes de la ciudad y se dirigen a la ciudad para beneficiarse también de las reservas señoriales y de las importaciones. Señalemos aún el papel de la economía monetaria y los intentos de dirigismo económico: basta con modificar el precio del vino para incidir en la oferta. Por lo demás, la previsión llega rápidamente a este pequeño estado, que es uno de los

⁵⁰ L. PALERMO, “Le politiche economiche della carestia: l’area italiana tra XIII e XIV secolo”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

⁵¹ GALBERT DE BRUGES, *Le meurtre de Charles le Bon*, Amberes, 1978 (traducción de J. Gengoux), I, 2-3.

⁵² Citado por F. Menant, artículo “Famine”, *Les Capétiens. Histoire et dictionnaire*, París, 1999, 848.

mejor estructurados de Occidente: el Conde hace sembrar leguminosas preparándose para el recrudecimiento de la carestía al año siguiente.⁵³

En suma, en 1125 estamos ya a medio camino entre las características de las hambres de la Alta Edad Media y las carestías del siglo XIV. Flandes es entonces uno de los lugares de Occidente más abiertos a los intercambios y más eficazmente gobernados, lo que puede reforzar los aspectos “modernos” del desarrollo y sobretodo los paliativos.

2.3. La multiplicación de las carestías a partir de fines del siglo XIII

Aunque el “retorno del hambre” no rompe tanto como se ha dicho con la situación anterior, la multiplicación de las crisis a partir del último tercio del siglo XIII supone un gran cambio, muy apreciable tanto por el historiador como para los contemporáneos.

a) El ejemplo italiano

En la Italia del centro-Norte, el último tercio del siglo XIII es ya muy duro. A partir de la carestía general y grave de 1271-1272, no pasan raramente más de cuatro o cinco años sin que la calamidad vuelva, y los años malos se presentan en serie.

Una confirmación del contraste entre los dos primeros tercios del XIII, relativamente apacibles, y la multiplicación de carestías a partir de los años 70 nos la ofrece el excelente cronista Salimbene de Adam, que escribió en el norte de Italia a partir de 1212 hasta su muerte en 1287. Salimbene menciona las carestías sólo a partir de 1277; este dato no es realmente tan significativo como podría creerse, ya que también a partir de 1277 anota las buenas cosechas. Sin embargo, puede ser que en ello haya quizás un sentido, indirecto: Salimbene empezaría a prestar atención a las cosechas a partir de este momento precisamente porque las dificultades se agudizan. Su sensibilidad y la de sus contemporáneos a las amenazas de la carestía se refleja en una anécdota situada en 1286, que Salimbene presenta, a pesar de todo, como un muy buen año agrario. Un maestro de escuela de Regio Emilia, persuadido de que el hambre es inminente, recoge mendigando dos cofres llenos de mendrugos de pan y uno de harina mala, que serán

⁵³ Es necesario, puesto que la carestía continua (CURSCHMANN, *Hungersnöte*, 136).

hallados en su casa tras su muerte solitaria. El diablo, que le había sugerido esta obsesión, acabó por asfixiarlo.⁵⁴

Tras un breve periodo de calma a finales del siglo, los malos años reaparecen, cada vez con mayor frecuencia y dureza. La primera mitad del siglo XIV está marcada por cuatro series de dos años muy duros: 1310-1311, 1328-1329, 1339-1340, 1346-1347. En Florencia, se registra de media una carestía cada seis años entre 1309 y 1375 y el precio máximo del trigo durante estos episodios no cesa de aumentar: calculado en medias por década y tomando como referencia un índice 100 en 1271-1286, alcanza 177 en 1302-1317, 291 en 1312-1338 y 481 en 1339-1353.⁵⁵ Una fuente mucho más pobre e incompleta, el mercurial del trigo de Parma, presenta, por su parte, una serie de puntas en 1270-1290 y después entre 1305 y 1330.⁵⁶

b) La cronología europea

En el último tercio del siglo XIII la carestía se convierte en un fenómeno recurrente por toda Europa y se intensifica después de 1300.⁵⁷ En adelante las malas cosechas regresan cada cuatro o cinco años, acompañadas de penurias cada vez más graves que derivan en hambres mortíferas. La que devasta el noroeste de Europa en 1315-1317 es única por su virulencia, pero

⁵⁴ SALIMBENE DE ADAM, *Cronica*, edición de G. Scalia, Turnhout, 1998, II, 931-932; la anécdota es recogida por W. C. JORDAN, *The Great Famine*, Princeton, 1992. 3.

⁵⁵ Ch. M. de LA RONCIERE, *Prix et salaires à Florence au XIV^e siècle, 1280-1380*, Roma, 1982. 88-90; véase también G. PINTO, *Il libro del biadaiolo. Carestie e annona a Firenze dalla metà del 200 al 1348*, Florencia, 1978; Id., “Firenze e la carestia del 1347. Aspetti e problemi della crisi annonaria alla metà del ‘300”, *Archivio storico italiano*, 130 (1972), 3-84; L. PALERMO, “Carestie e cronisti nel Trecento: Roma e Firenze nel racconto dell’Anonimo e di Giovanni Villani”, *Archivio Storico Italiano*, 142 (1984), 343-375.

⁵⁶ P. SAVY, “Sources narratives lombardes sur les disettes entre le XIII^e et le XIV^e siècle”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

⁵⁷ Norte de Francia: M. BOURIN, *Temps d'équilibre, temps de ruptures. XIII^e siècle*, París, 1990; Languedoc: M.-J. LARENAUDIE, “Les famines en Languedoc aux XIV^e et XV^e siècles”, *Annales du Midi*, 1952, 23-35, cf. M. BERTHE, “Marché de la terre et hiérarchie paysanne dans le Lauragais Toulousain vers 1270-vers 1320”, *Campagnes médiévales: l'homme et son espace. Études offertes à Robert Fossier*, París, 1995, 297-311; Provenza: L. STOUFF, *Ravitaillement et alimentation en Provence aux XIV^e et XV^e siècles*, París, 1970, y J. DRENDEL, “Les disettes en Provence”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300* (prácticamente no se observan carestías en Provenza antes de 1318, pero puede tratarse de una cuestión documental. Por otra parte, Stouff solo analiza el final del periodo); Navarra: BERTHE, M., *Famines et épidémies dans les campagnes navarraises à la fin du Moyen Âge*, 2 vol., París, 1984; Corona de Aragón: A. RIERA MELIS, “Els pròdroms de les crisis agràries de la Baixa Edat Mitjana a la Corona d’Aragó. 1: 1250-1300”, *Miscel·lania en homenatge al P. Agustí Altisent*, Tarragona, 1991, 35-72; Aragón: C. LALIENA, “Las hambres y Carestías en Aragón y Navarra (1280-1347)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*; Castilla: C. REGLERO, “Las hambres en la Corona de Castilla (1250-1348)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*; Cataluña y Valencia: A. FURIO, “Les disettes en Catalogne et dans le royaume de Valence”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

en los decenios que siguen todos los países conocen hambres muy duras, que causan miles de muertos y la liquidación de numerosos patrimonios. Las hambres culminarán, justo antes de la Peste, con la de 1347, que afecta a toda Europa. La población debilitada se expone, además, a las epidemias que siguen regularmente a las carestías. Durante estos sesenta años, Occidente está preso en una espiral catastrófica que parece no tener fin: sufrimientos reiterados, hecatombes y caída demográfica, abandono de poblados y desestructuración de la producción y de la sociedad.

Las crisis no cesan de ningún modo con la gran peste, contrariamente a lo que una lógica malthusiana podría hacer pensar. Las carestías e incluso las hambres vuelven de manera regular inmediatamente después, lo que confirma que las crisis no expresan una simple relación entre producción y necesidades, puesto que éstas últimas han disminuido de manera notoria. Las condiciones son, a pesar de todo, diferentes tras la Peste: los salarios de los habitantes de las ciudades les permiten en adelante alimentar mejor a sus familias. En cualquier caso, por razones de espacio, prefiero no detenerme en las carestías del siglo y medio que sigue a la peste, ampliamente tratadas en este volumen.

2.4. La nueva configuración de las carestías

Las carestías no son solo más frecuentes y más duras desde el final del siglo XIII, sino que también tienen un alcance distinto.

a) Unas sociedades urbanizadas

Por una parte, a lo largo del siglo XIII, la urbanización multiplica sobremanera la proporción de la población que no produce sus propios recursos alimentarios. En una buena parte de Europa –en el área mediterránea sobre todo– los habitantes de las ciudades son ya suficientemente numerosos como para que ya no haya crisis exclusivamente agrarias. La crisis repercute inmediatamente sobre el abastecimiento de las ciudades y la estructura social es suficientemente compleja como para que una crisis de subsistencia tenga consecuencias en distintos ámbitos: la acumulación de tierras en manos de los habitantes de las ciudades, por ejemplo, o los cambios en la producción y en el consumo de bienes manufacturados.

b) Las políticas públicas contra la carestía

Por otra parte, el último tercio del siglo XIII conoce la creación de instituciones e instrumentos específicos que permiten desactivar la gravedad de las crisis frumentarias del siglo XIV (más adelante volveremos sobre los medios utilizados). Al menos en las ciudades que han implementado estos instrumentos, las crisis cortas no tienen la misma significación ni las mismas consecuencias inmediatas. El crecimiento del Estado, combinado con el desarrollo del transporte de larga distancia y el establecimiento de redes de información a escala “mundial”, actúan en plazos relativamente breves, permitiendo prevenir las crisis y reaccionar: los riesgos de la carestía son, pues, mayores (al estar la población, por su concentración y por su entera dependencia del abastecimiento exterior, más expuesta a ellas), pero existen mejores medios para prevenirla. Las facilidades de abastecimiento de las ciudades comportan, paradójicamente, que los habitantes del mundo rural sufran a menudo la carestía mucho más que los habitantes de la ciudad y que afluyan a ésta para tratar de beneficiarse de los efectos del abastecimiento exterior.

c) La “comercialización” de la sociedad

La “comercialización” de la sociedad ofrece a los habitantes del mundo rural otras armas para resistir individualmente.⁵⁸ En la acepción tomada del libro de Richard Britnell, *The commercialisation of English society*, esta noción designa la entrada en el mercado de alimentos y de objetos producidos por los campesinos que les permite al tiempo salir del autoconsumo y del círculo vicioso malthusiano inducido por la exclusividad del cereal. La transformación de la economía campesina a través de la comercialización pasa por una diversificación de sus productos: los campesinos desarrollan la viticultura, la ganadería y cultivos industriales como el lino y el cáñamo, susceptibles de ocupar mucha mano de obra y de insertarse en los ciclos agrícolas. Los habitantes del campo también pueden transformar ellos mismos estos productos apropiándose de los diferentes estadios de la producción textil, convertirse en mineros y herreros, albañiles, carpinteros o ceramistas y proporcionar a la ciudad todo tipo de materiales más o menos elaborados, desde la madera de construcción hasta el ladrillo, la piedra o la cal. Todo lo que concierne a los habitantes del campo en las líneas que siguen, debe situarse en este contexto, muy diferente del de los siglos anteriores. Las crisis de finales de la Edad Media no golpean un mundo rural monolítico e inerte, agarrado desesperadamente a una cerealicultura cada vez más exclusiva e insuficiente para una población demasiado numerosa. Al menos una parte de los

campos de Occidente presenta en adelante un sistema económico diversificado, abierto a la ciudad y al mercado. En estas condiciones, una crisis de subsistencia no posee los mismos mecanismos ni el mismo alcance que en una economía agraria funcionando en un circuito cerrado.

3. LOS MECANISMOS Y LAS CAUSAS DE LAS CRISIS

3.1. *Crisis de distribución (de especulación)*

a) Mecanismo y teoría de la crisis alimentaria

En la economía de mercado, que a partir de este momento es la de Occidente,⁵⁹ la penuria se traduce por el alza de los precios (*cherté, carestia*⁶⁰), que pueden alcanzar niveles vertiginosos. En la economía de mercado el mecanismo de la carestía no surge de la inadecuación entre producción y necesidad, sino entre oferta y demanda: la producción no coincide necesariamente con la oferta (siendo la principal inadecuación debida a las retenciones de stocks que son retirados del mercado), ni la necesidad de los hombres con la demanda efectivamente expresada.⁶¹

La práctica más común en la Edad Media, tanto en la ciudad como en el campo, es la de amasar cada cual su pan y llevarla al hornero (*fornarius*) para cocerla. Pero también existen panaderos (*pistor*) que venden el pan ya hecho; en los últimos siglos de la Edad Media, éstos tienden de manera progresiva a predominar sobre los horneros, que cada vez más amasan ellos mismos el pan.⁶² El uso general de fabricarse cada cual su pan tiene consecuencias decisivas sobre el mercado, ya que es el propio consumidor quien, en la mayoría de casos, compra el trigo;

⁵⁸ “Dinámicas comerciales del mundo rural: actores, redes y productos” (Madrid, Casa de Velázquez, octubre de 2005)

⁵⁹ Con matices importantes, que las investigaciones recientes han puesto de relieve, en especial por lo que respecta al crédito y al mercado de la tierra: L. FELLER; CH. WICKHAM (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, Roma, 2005; S. CAVACIOCCHI (dir.), *Il mercato della terra. Atti della trentacinquesima Settimana di studi (5-9 maggio 2003)*, Grassina, 2004 (Istituto di storia economica F. Datini, Prato).

⁶⁰ Véase más arriba.

⁶¹ PALERMO, *Sviluppo economico*.

⁶² F. DESPORTES, *Le pain au Moyen Âge*, París, 1987; *Eadem*, “Les métiers de l’alimentation”, *Histoire de l’alimentation*, 435-436; L. STOUFF, *La table provençale. Boire et manger en Provence à la fin du Moyen Âge*, Avignon, 1996, 11-18; Id., “Grains et pain dans la Provence de la fin du Moyen Âge”, *Les céréales en Méditerranée*, París, 1994, 39-50; A. RIERA MELIS; M.A. PEREZ SAMPER; M. GRAS, “El pan en las ciudades catalanas (siglos XIV-XVII)”, *Alimentazione e nutrizione*, 285-300.

todo el mundo trata, pues, en la medida de sus posibilidades, de reservar trigo para no comprar caro cuando sobreviene la carestía, y los que no tienen suficiente trigo son duramente golpeados por el alza de los precios. La práctica de amasar cada uno su pan parece volverse menos habitual a partir de fines de la Edad Media y en el siglo XVIII, al menos en las ciudades francesas, los consumidores tienen la costumbre de comprar el pan cocido y solo compran trigo y amasan cuando los precios elevados aconsejan economizar en este capítulo –ya que el panadero es un poco más caro que el hornero–. La configuración del mercado de granos debe, pues, ser muy diferente de la de la Edad Media, y el panadero juega un papel mucho más importante en la gestión de la carestía.⁶³

Volvamos a la Edad Media. Los consumidores que no tienen apenas recursos, campesinos y asalariados de las ciudades, que no han podido acumular reservas, tienen que continuar comprando trigo cuando los precios suben y dedican a ello una parte creciente y pronto exclusiva de su presupuesto. Ello conlleva una baja temporal de la demanda de productos manufacturados y, en general, de todos los bienes que no son alimentos de primera necesidad: la crisis se extiende, pues, a toda la economía.

Los análisis ya famosos de Amartya Sen ofrecen las claves para entender los mecanismos de las carestías y, en el contexto que nos interesa, los completaremos con los análisis convergentes de Luciano Palermo. La mala cosecha no es más que el elemento inicial, incluso en casos extremos un simple pretexto. El mecanismo decisivo de la carestía es que cuando se anuncia una mala cosecha, los intermediarios⁶⁴ anticipan la subida de los precios al retener sus stocks y no ponerlos a la venta.⁶⁵ Hay grano en el mercado, pero como es en cantidades limitadas los precios son elevados. Es el modelo del “entitlement approach” de Sen: hay comida en el mercado, pero para conseguirla hay que disponer de un “derecho de acceso” (*title*) válido, es decir, de grandes sumas de dinero. La carestía no deriva de la falta de alimento, sino de la imposibilidad de adquirirlo.⁶⁶

⁶³ Véase, por ejemplo, J. A. MILLER, *Mastering the Market*, Cambridge, 1999, 7, y los trabajos de S. L. Kaplan, especialmente *Provisioning Paris. Merchants and Millers in the Grain and the Flour Trade during the Eighteenth Century*, Ithaca-Londres, 1984.

⁶⁴ Mucho más que los productores, según Palermo, *Sviluppo economico*.

⁶⁵ La Roncière muestra incluso como los mercaderes florentinos recorren los mercados del condado comprando trigo, lo cual contribuye a la desaparición de reservas en el campo y a la concentración de stocks sometidos a la especulación (CH. M. DE LA RONCIÈRE, *Firenze e le sue campagne nel Trecento. Mercanti, produzione, traffici*, Florencia, 2005, 285-289).

⁶⁶ Véase el desarrollo de M. Bourin dentro de M. Bourin y F. Menant, “Introduction” al seminario *Les disettes*, 3-4.

Estos mecanismos de especulación tienen también como consecuencia que la cronología de la carestía, a lo largo del año-cosecha, difiere de la del agotamiento real de los stocks en una economía sin intermediarios (por ejemplo, el consumo que haría una familia que hubiera acumulado suficientes reservas para llegar hasta la cosecha): desde enero-febrero, la mayor parte de consumidores urbanos y de pequeños productores rurales ya no tienen reservas, porque no han tenido los medios financieros para comprar cuando los precios estaban bajos.⁶⁷ La situación es mucho peor cuando la cosecha anterior ya ha sido mala y los precios se han mantenido elevados: el encadenamiento de dos o varios malos años amplifica enormemente el efecto de las carestías.

La consecuencias de estos mecanismos especulativos es que la cronología de la escasez, durante el año de la cosecha, difiere del agotamiento real de los stocks en una economía sin intermediarios (por ejemplo el consumo de sus reservas por una familia que hubiera acumulado lo suficiente para llegar hasta la recolección). Desde enero-febrero, la mayor parte de los consumidores urbanos y de los pequeños productores rurales ya no tienen reservas, puesto que no dispusieron de los medios para comprar cuando los precios eran reducidos. La situación es peor cuando la cosecha precedente ha sido ya mala: el encadenamiento de dos o tres malos años amplifica desmesuradamente los efectos de la carestía.

Cabe resaltar que los pequeños campesinos independientes y los habitantes de las ciudades asalariados o con escaso poder adquisitivo comparten una misma suerte ante la carestía. Un número importante de asalariados urbanos no pueden ni siquiera acumular reservas y tienen que comprar trigo cada semana: sufren, por tanto, de lleno el azote de las carestías. Por lo que respecta a los pequeños campesinos, la necesidad de dedicar una parte de la cosecha a la simiente del año siguiente les vuelve más frágiles, de modo especial en caso de sucesión de malos años, y puede llevarles a recurrir al mercado en la época de la siembra, lo que conlleva algunos otoños una subida precoz de precios, normalmente estacional.

Ante el aumento de la demanda que provoca el agotamiento de las reservas de los pequeños consumidores, los precios comienzan a subir a finales del invierno (febrero), a veces incluso con anterioridad, y los mercaderes retienen su trigo el máximo tiempo posible para sacar provecho de los precios más elevados. En un momento dado, asalariados y pequeños campesinos, para alimentarse, tienen que pagar sumas muy elevadas en relación a sus posibilidades, y pedir

⁶⁷ Los trabajos en curso de Julien Demade han revelado un calendario y unos mecanismos comparables en el contexto, muy diferente, de la Alemania del siglo XV. Véase unas primeras indicaciones en J. DEMADE, “Transactions foncières et transactions frumentaires: une relation de contrainte ou d’opportunité? L’exemple des tenanciers de l’Hôpital de Nuremberg (1432-1527)”, FELLER, L.; WICKHAM, Ch. (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, Roma, 2005, 341-403.

préstamos en condiciones que, dada la urgencia de sus necesidades, son exorbitantes. Esencialmente los campesinos conocen estos préstamos: la compra de cosechas *in situ* y el préstamo con hipoteca inmobiliaria son las formas más destacadas, pero durante los siglos XIII-XIV toman a menudo la forma del préstamo simple, asegurado sobre el conjunto de bienes del prestatario y eventualmente por medio de fiadores. Por lo que respecta a los asalariados, toman prestado seguramente hipotecando sus bienes muebles, pero los documentos que registraban este tipo de préstamo han desaparecido completamente. Por lo demás, recordemos que en las sociedades de finales de la Edad Media la compra a crédito y el préstamo son transacciones cotidianas y corrientes; la cuestión estriba en saber en qué condiciones, más o menos desventajosas para el prestamista o para el prestatario, se practican. En tiempos de carestía, la transacción es especialmente desigual y las condiciones son desastrosas para el prestatario.

Destacaremos finalmente que el calendario de las carestías de fines de la Edad Media parece sensiblemente diferente del de las del siglo XVIII y desde este punto de vista encajan mal dentro del modelo de la “crisis de Antiguo Régimen.” Este parece calcado exactamente sobre el calendario de la cosecha y del consumo de stocks: la situación se vuelve preocupante a finales de invierno y al principio de la primavera, y alcanza su máxima gravedad justo en el momento anterior a la nueva cosecha; el famoso record del precio del trigo el 14 de julio de 1789 es emblemático.⁶⁸ La especulación existe también en esta época, evidentemente –la liberalización del comercio del trigo le ha dado incluso toda la amplitud para que sea ejercida–⁶⁹, pero no parece provocar una anticipación del alza de los precios.

b) Dos estudios de caso: las encuestas de Prato y los mercuriales de Florencia

Una encuesta realizada por el consejo municipal de Prato sobre los stocks de granos disponibles en 1298 y 1329 (dos años de malas cosechas) muestra que seis meses antes de la cosecha la mitad de los habitantes no tiene ninguna reserva. La media de stocks por familia se eleva a 7 sextarios en la ciudad y 5 en el contado: incluso considerando la probable ocultación,

⁶⁸ E. LABROUSSE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, París, 1932, y otros trabajos indicados en la bibliografía, así como los estudios sobre el abastecimiento en la Francia del siglo XVIII mencionados más arriba. Para las hambres de la época de Luis XIV, mucho más fuertes, véase los mercuriales de diferentes mercados del norte de Francia durante los años 1680-1695, publicados por M. LACHIVER, *Les années de misère: la famine au temps du Grand Roi, 1680-1720*, París, 1991, 119-123.

⁶⁹ Estudios de caso más precisos en Miller, *Mastering the Market*. Esbozo de estudio en la larga duración: L. PALERMO; D. STRANGIO, “Politiche dell’alimentazione e carestie nello Stato della Chiesa: un modello di lungo periodo (secoli XIV-XVIII)”, *Alimentazione e nutrizione*, 325-338.

estas cantidades son absolutamente insuficientes si se estima que una persona consume un sextario de trigo (unos veinte litros) cada mes; esto significa que la gran mayoría de la población urbana y rural se ve obligada a comprar trigo en el mercado a partir de enero o febrero, y sufre completamente el alza de precios que entonces comienza.

En el segundo semestre de 1347 –después de una cosecha especialmente mala–, los que tienen que comprar trigo en el mercado de Florencia cada semana o cada mes lo pagan a una media de 39 sueldos el sextario; pero los ricos o previsores, que se habían procurado trigo suficiente después de la abundante cosecha de 1346, lo han pagado solo a 14 sueldos. En el momento algido de la carestía, muchos consumidores no pueden comprar más: la Roncière⁷⁰ calcula que durante las carestías particularmente agudas de 1329 y 1347, las familias obreras no llegan a alimentarse, incluso dedicando la integridad de sus recursos al pan y sustituyendo el trigo –al que los florentinos se sienten extremadamente apegados, al considerarlo el único cereal digno de ser consumido por un ciudadano– por la espelta.⁷¹

c) La crisis desactivada por las intervenciones públicas

Pero nadie o casi nadie muere de hambre. En una gran parte de la Europa del siglo XIII, igual que hoy en el Tercer Mundo observado por Sen, es posible conseguir comida haciéndola venir de otras partes. Las diferencias climáticas hacen que sea muy raro que toda Europa se vea afectada simultáneamente por una mala cosecha de todos los cereales. De hecho, las grandes ciudades de los siglos XIV y XV, sobretodo las que tienen acceso fácil al mar, se abastecen en gran medida de importaciones, incluso en tiempos de normalidad. Así, el trigo siciliano alimenta Florencia y otras ciudades toscanas, el trigo de Apulia, Venecia y los genoveses van a buscar su trigo en el extremo del Mar Negro. En tiempos de carestía, las importaciones, ciertamente más difíciles, juegan un papel aún mayor: la llegada de una carga, incluso el simple anuncio de su llegada, son suficientes para distender el mercado. Desde el momento en que son informados, los detentadores de stocks se apresuran a ponerlos en circulación para sacar provecho de los últimos días de precios elevados, lo que hace que éstos bajen muy pronto.

⁷⁰ LA RONCIERE, *Prix et salaires*, figura 77, 412-413.

⁷¹ La cofradía de Orsanmichele, que distribuye limosnas entre los necesitados, ve entones afluir a los hambrientos. En octubre de 1324, periodo de precios razonables aunque bastante elevados –los efectos del año anterior, muy difícil, aún se notan–, acoge un total de 1300, pero en junio de 1347 –el mes más duro del peor año–, la cifra asciende a 6 ó 7000 (LA RONCIÈRE, *Prix et salaires*). Estas puntas de la demanda de asistencia

El abastecimiento a distancia descansa en buena medida sobre la preocupación alimentaria de las autoridades. Los estados del siglo XIII y, sobretodo, las autoridades municipales, tienen suficientes medios –dinero, capacidad de transporte y de almacenamiento, redes de información sobre los lugares de producción en el extranjero– y motivaciones ideológicas –el “bien común” de las ciudades italianas o simplemente el temor a la cólera popular– para tomar medidas contra la carestía. Las medidas frumentarias de los gobiernos municipales van a tener un impacto importante tanto sobre el mercado como en las finanzas de las ciudades. Las compras de trigo representan la carga más pesada de las ciudades italianas a finales del siglo XIII (en competencia con los gastos militares), porque el precio de compra, que es el precio de mercado, es a menudo superior que el precio de venta, puesto que de lo que se trata es de ayudar a los consumidores desprovistos. El concejo puede, en consecuencia, perder grandes sumas de dinero. En cualquier caso, la constitución de stocks es, en ella misma, costosa ya que inmoviliza fondos que a menudo el municipio ha tomado prestados para la circunstancia. La política frumentaria representa pues un problema financiero considerable para los gobiernos municipales.

Instruidas por las primeras grandes carestías de finales del siglo XIII, las autoridades compran trigo desde el momento mismo en que el año-cosecha se anuncia preocupante. Desde esta perspectiva el concejo de Prato, como otros muchos, lleva a cabo las encuestas a las que hemos aludido anteriormente. Las compras son realizadas tanto a distancia como *in situ*; en este último caso los proveedores son productores o intermediarios locales y el precio de compra es el de mercado. Las administraciones municipales pueden también anticiparse en la creación de stocks, sin esperar la amenaza de la carestía. Seguidamente revenden el trigo a un precio accesible a los que tienen necesidad. No obstante, el trigo del concejo no es vendido a un precio muy inferior al de mercado para que no desaparezca el de los mercaderes.⁷² El concejo puede igualmente intervenir distribuyendo trigo entre los panaderos, esto es produciendo directamente pan, que pone a la venta a un precio accesible a todos. Los establecimientos asistenciales

alimentaria confirman que una parte importante de la población está directamente sometida a las variaciones del precio del trigo para su supervivencia.

⁷² Los cronistas prestan un interés apasionado y minucioso a esta cuestión. Véase, por ejemplo, las narraciones de la carestía de 1329 por el sienés Agnolo di Tura del Grasso (*Cronaca senese, Cronache senesi, RR II SS*, XV/6, Bolonia, 1939, 483) y por el florentino Biadaiolo, observador profesional del mercado de Orsanmichele (ed. PINTO, *Il libro del Biadaiolo*, 306; traducción de Ch. M. de la Roncière, “Les famines à Florence et dans sa campagne au XIV^e siècle (1280-1380)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*). Detrás de estas carestías, plena a menudo la amenaza de la revuelta. Otras narraciones análogas: las del Anónimo

(hospitales), que desde el siglo XIII son muy ricos y disponen a la vez de grandes propiedades agrarias y de recursos monetarios importantes, juegan también un papel nada desdeñable para evitar la mortalidad; toman así el relevo de los monasterios, cuya función caritativa en tiempos de hambruna es ampliamente mostrada por las crónicas.

Otro paquete de medidas frumentarias de las autoridades descansa sobre el ejercicio de la coacción. Se trata de obligar a los productores y a los intermediarios a introducir sus reservas en el mercado (lo que implica verificaciones de stocks mediante pesquisas), prohibir las exportaciones, limitar el alza de los precios mediante su fijación; pero estas medidas hacen desaparecer el trigo del mercado y las autoridades urbanas aprenden rápidamente a manejar con prudencia este arma de doble filo.

3.2. *El misterio de los cereales secundarios*

Los habitantes de las ciudades del siglo XIV parecen alimentarse solo de cereales panificables y manifiestan una preferencia tan fuerte por el trigo que –si hemos de creer a la Roncière– puede empujarles a pasar hambre antes que aceptar tener que alimentarse de pan negro. Esta casi-exclusividad del trigo, o como máximo de algunos otros cereales, se desprende tanto de las crónicas como de las fuentes contables. Charles de la Roncière ha demostrado que cuando el precio del trigo subía el consumo de los florentinos no se desplazaba en exceso hacia los cereales menos caros: un poco al centeno y casi nada a la espelta y la cebada. La resistencia a abandonar el pan blanco es general en toda Europa entre los habitantes de las ciudades y entre los ricos. Hemos visto como Matthew Paris señalaba el paso al pan negro como indicador de una carestía memorable y cuando la carestía de 1218 golpea un monasterio alemán, los monjes, después de mendigar, “aprendieron a hacer uso del pan de cebada y de avena, ellos, cuyos predecesores consideraban intolerable el pan de centeno.”⁷³ De todos modos, la reacción de los florentinos, incluso de los pobres, sorprende por su radicalidad y su menosprecio de las contingencias económicas más elementales. Es completamente diferente, por ejemplo, de la de los ciudadanos franceses del siglo XVIII (y probablemente de muchos otros grupos de consumidores) que desde que el precio del trigo despegó, se repliegan sabiamente sobre los cereales secundarios, con la consecuencia que su precio aumenta más rápido y reduce su distancia con el del trigo.

romano y de Giovanni Villani, los mejores cronistas de su tiempo. Cf. PALERMO, “Carestie e cronisti nel Trecento”.

⁷³ CURSCHMANN, *Hungersnöte*, 166.

Pero no todos los europeos, aún prefiriendo el pan, sobre todo el pan blanco, se alimentan de manera tan exclusiva. El norte de Italia, por ejemplo, contrasta de manera notoria con la Toscana. El recurso a las importaciones de ultramar es aquí más difícil porque son lentas y costosas; en cambio, se cultivan cereales de primavera, sobre todo mijo, que permiten aliviar de manera considerable la situación alimentaria.⁷⁴ Los campesinos comen el mijo y llevan el trigo al mercado por lo que un mal año de trigo puede ser compensado por una buena cosecha de mijo. Así, Salimbene apunta en 1282 que la cosecha de trigo se ha perdido, pero que la de cereales menores es buena. Las leguminosas juegan el mismo papel y Salimbene escribe, esta vez en 1277, que el trigo y el mijo se han perdido, pero que la cosecha de habas es excelente. El papel supletorio de las leguminosas se observa ya en el hambre de Flandes de 1125. Las castañas son otro complemento de primer orden para sectores muy amplios de la población, constituyendo la base de la alimentación campesina durante varios meses del año. El castaño es cultivado y se extiende en la misma medida que la presión demográfica, que ayuda a aliviar por sus rendimientos elevados.⁷⁵

Toda una gama de fuentes confirma esta variedad del consumo. Las reservas de los habitantes de los campos del norte de Italia, recogidas en los inventarios *post mortem*, incluyen varias especies de cereales, mijo, guisantes y habas. El agrónomo boloñés Pier de'Crescenzi (que escribe en pleno desencadenamiento de las carestías, hacia 1310) refiere las características de 20 cereales y leguminosas diferentes, precisando su uso social: el pan de trigo es el mejor, pero un pan compuesto por ¾ de espelta y ¼ de habas es ideal para los sirvientes de un dominio agrario y los alimenta mejor que el pan de mijo o incluso que el de centeno. También indica una receta de puré de panizo o de mijo, sazonada con aceite o lardo, como substituto del pan para alimentar a los trabajadores.⁷⁶

La arqueología confirma ampliamente la variedad de plantas consumidas en el medio rural. La comunicación de Carole Puig y Marie Pierre Ruas en el seminario de Roma sobre las carestías fue una revelación.⁷⁷ Su visión de conjunto sobre los tipos de plantas encontrados en los

⁷⁴ Véase, por ejemplo, G. PINTO, "La coscienza della carestia nei comuni italiani", *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

⁷⁵ J.-R., PITTE, *Terres de castanide. Hommes et paysages du châtaignier de l'Antiquité à nos jours*, París, 1986; A. BRUNETON-GOVERNATORI, *Le pain de bois. Ethnohistoire de la châtaigne et du châtaignier*, Toulouse, 1984; G. CHERUBINI, "La civiltà del castagno in Italia alla fine del Medioevo", *Archeologia Medievale*, 8 (1981), 247-280.

⁷⁶ PIER DE'CREScenzi, *Ruralium commodorum libri XII*, III, 7, 18, 19, 21, 22.

⁷⁷ PUIG C.; RUAS, M.-P., "L'apport de l'étude du stockage à notre connaissance de la conjoncture alimentaire autour de 1300 (Catalogne, Roussillon, Languedoc)", *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

depósitos excavados en la mitad sur de Francia entre los siglos XII y XIV y de su frecuencia relativa muestra que la preeminencia del trigo es muy escasa, los cereales secundarios y las leguminosas son muy abundantes y la variedad de plantas consumidas muy amplia, mucho más de lo que los textos dejan entrever, así como el recurso a las plantas y frutos salvajes.

En resumen, hay que tomar conciencia de la discordancia entre la imagen oficial del consumo o, más exactamente, de la demanda en el mercado (de trigo o, como mucho, de algunos otros cereales panificables) y la realidad de la alimentación, en especial la de los habitantes del campo, que solo atisbamos de manera aproximada, pero cuya diversidad puede explicar ampliamente la debilidad de las mortalidades.

3.3. *Causas exógenas*

El seminario *Les disettes dans la conjoncture de 1300* confirmó ampliamente que el empuje demográfico constituye el trasfondo general de las crisis alimentarias y la meteorología su factor desencadenante, a menudo destacado. Pero también, que el ascenso del Estado moderno –para entendernos rápidamente– provoca una buena parte de las carestías o crea las condiciones favorables para su desencadenamiento. Los estragos causados por el paso de los ejércitos y el peso de la fiscalidad son, a priori, los factores determinantes. En Provenza, por ejemplo, la fiscalidad condal parece decisiva. En el Piamonte, las exacciones condales sobre la cosecha, parcialmente almacenadas, mantienen los precios elevados. En la Península Ibérica, ausente el factor climático propio de la Europa del Norte y una presión demográfica sin válvula de escape (se canaliza hacia las tierras conquistadas a los musulmanes), guerras y fiscalidad podrían ser factores determinantes. El caso de la carestía inglesa de 1257, evocada más arriba, es en sí mismo elocuente.

Algunas carestías pueden también verse directamente intensificadas por la acción de los estados. Desde el momento en que estos disponen de medios para orientar la economía, los utilizan sin controlar todas sus consecuencias. Las situaciones de carestía y de crisis económica general pueden ser repercusiones involuntarias de medidas monetarias, fiscales, aduaneras... La política monetaria en especial ha encontrado, desde hace tiempo, su lugar entre los historiadores como factor desencadenante o agravante de ciertas crisis cortas, sobretodo a partir de finales del siglo XIII.

3.4. *Ciclos y series malas*

No podríamos cerrar esta exposición sin preguntarnos si las crisis breves de la Edad Media siguen ciclos, como las del siglo XVIII (o, en un contexto completamente diferente, como las crisis de la época industrial). En nuestro caso, se trataría a la vez de ciclos de producción y de ciclos de precios,⁷⁸ incluso aunque las dos no estén indisociablemente unidas porque la especulación, las políticas frumentarias y las condiciones variables del transporte de los granos atenúan o aumentan los movimientos bruscos de la producción.

a) Las fuentes

Se han reunido algunas series de cantidades de cereales cosechadas y de precios que permiten dibujar curvas cíclicas. Para el siglo XIII se trata sobre todo de fuentes inglesas (Winchester), que permiten observar la variación de las cosechas de un año a otro. W. Abel,⁷⁹ comentando estas curvas y comparándolas con las escasas indicaciones de movimientos de precios relacionados con la calidad de las cosechas de las que disponemos para el resto de Europa, sugiere que los rendimientos (y, por tanto, los precios) varían de acuerdo con un ciclo de 20 a 30 años, pero no ofrece una explicación.

Desde fines del siglo XIII disponemos de series más numerosas, especialmente de precios de mercado. L. Palermo señala ciclos más o menos decenales de los precios del grano a partir del momento en que las carestías son frecuentes, a finales del siglo XIII. Estos ciclos son bastante homogéneos en toda la Europa del siglo XIV, con máximos en 1315-1317, 1328, 1338-39, 1347, 1354, 1370⁸⁰. Aparecen también, de manera bastante clara, en los listados, extremadamente precisos y completos, levantados por La Roncière para el mercado florentino (1310-1380).⁸¹ La extensión de estos ciclos por toda Europa es posible gracias a la existencia de un verdadero mercado que descansa sobre el transporte de granos por vía marítima al menos desde el siglo XIII, y a la circulación entre los principales agentes (las sociedades comerciales y de banca principalmente) de la información sobre los precios y el estado de los mercados. El caso florentino es, también en este punto, muy claro. ero el abastecimiento de esta ciudad, basado en

⁷⁸ Inversos; una buena cosecha provoca, en líneas generales, una bajada de los precios –si bien la repercusión no es automática, al ser los factores, en especial las estrategias de los agentes, múltiples–. Véase más abajo.

⁷⁹ ABEL, *Crises agraires en Europe*, 28-31.

⁸⁰ PALERMO, *Sviluppo economico*, p. 234.

⁸¹ LA RONCIERE, *Prix et salaires à Florence*, figura 1, p. 83, y 4, p. 104.

su mayor parte en las importaciones, es sin duda un caso extremo, junto con algún otro, como el de Valencia. Como conclusión debemos retener que las carestías son casi regulares, suceden aproximadamente cada diez años –lo cual no quiere decir que no haya carestías inesperadas, causadas por un accidente climático o por una guerra, por ejemplo–.

b) Qué realidad y qué mecanismos rigen los ciclos?

Resulta extraordinariamente difícil situar las coyunturas medievales en el marco de los ciclos preindustriales. Por otro lado, Jean-Yves Grenier ha demostrado claramente la existencia de ciclos cortos (de unos diez o treinta años) en la época preindustrial a partir de numerosas series de fuentes, pero no ha ofrecido una explicación aceptada por todos.⁸² No se puede incluso afirmar si estos ciclos obedecen a impulsos endógenos o exógenos. En cualquier caso, estos fenómenos son muy confusos antes del siglo XV y en especial del siglo XVI. Prefiero, pues, renunciar a esbozar un sistema explicativo de las crisis en el que solamente serían, como en la “economía de Antiguo Régimen”, la fase culminante de un ciclo.

Podemos, sin embargo, retener una idea importante, extraída de los análisis de estos ciclos industriales: el ciclo descansa sobre las anticipaciones de los agentes –en otras palabras, sobre la especulación– que hacen subir o bajar los precios;⁸³ los accidentes meteorológicos,⁸⁴ las guerras⁸⁵, y otros factores exógenos que pesan sobre la producción;⁸⁶ evidentemente juegan un papel, pero éste está lejos de ser exclusivo. Es exactamente lo que hemos concluido para las crisis medievales.

La importancia del clima entre estos factores merece, sin embargo, que le dedique algunas líneas. Como cabía esperar, los cronistas relacionan las carestías con incidentes climáticos puntuales, inundaciones, sequías, etc. En cambio, la existencia de ciclos climáticos a corto y medio plazo (diez/treinta años) que determinarían los ciclos de la producción cerealera y

⁸² J.-Y. GRENIER, “Questions sur l’histoire économique: les sociétés préindustrielles et leurs rythmes”, *Revue de Synthèse*, III serie, 116 (1984), 451-481. Sobre los mecanismos cílicos del mercado, GRENIER, *L’économie d’Ancien Régime, L’économie d’Ancien Régime. Un monde de l’échange et de l’incertitude*, París, 1996, especialmente pp. 229-241, 362-374, 387-396, 412-415 y *passim*.

⁸³ La relación más firmemente establecida entre este esquema general y las situaciones de la época medieval nos la ofrece Palermo, *Sviluppo*.

⁸⁴ Más abajo y nota siguiente.

⁸⁵ La Roncière, *Prix et salaires*, ha puesto en paralelo las oscilaciones de los precios del trigo en el mercado florentino con las variaciones meteorológicas (lluvias fuertes, sequías, inundaciones) y las guerras (invasiones del condado florentino...). Hay, innegablemente, correlaciones, pero son puntuales.

el precio (o que, al menos, influirían de manera importante sobre ellos) está mucho menos clara. Lo que está establecido es la evolución climática en la larga duración, secular. Las carestías de principios del siglo XIV corresponden al cambio de la coyuntura climática después de la segunda mitad del siglo XIII, al paso de una fase caliente a una fase fría y húmeda que durará hasta finales del siglo XV y que pesará, sin duda, sobre la coyuntura adversa. Estudios precisos han conseguido establecer, sin embargo, un nexo entre el clima y la evolución de las cosechas; para el Piamonte, C. Rotelli, basándose en las cuentas de las castellanías, ha establecido la degradación del clima durante la primera mitad del siglo XIV que culminaría en el decenio 1330.⁸⁷ Pero la incidencia climática nunca es un factor bruto en esta época. Las carestías piemontesas deben mucho a la política de los condes de Savoya, que practican grandes detacciones (bien conocidas por las cuentas de las castellanías) y solo devuelven al mercado una pequeña parte, manteniendo así los precios elevados de manera permanente.⁸⁸

De todas maneras, la identificación de estos ciclos no es, en nuestro caso, la tarea más urgente. Chris Dyer subraya justamente que la tendencia cíclica importa poco a los contemporáneos; lo que cuenta es la llegada efectiva de un mal año. La tendencia general cuenta también mucho; existe, de manera evidente, una tendencia de conjunto a la degradación del clima, que es un factor decisivo en la multiplicación de las carestías.⁸⁹ Dyer muestra, en el contexto climático inglés, que un descenso medio de un grado de temperatura provoca, en las tierras situadas por debajo de los 1000 pies de altura, una mala cosecha sobre dos, cuando la proporción de malas cosechas era casi irrelevante antes del descenso de la temperatura.

c) Malos años en serie

⁸⁶ Y sobre el transporte, expuesto de manera especial a los riesgos de las guerras, *cf.*, entre muchos casos, el de Valencia en 1333, asfixiada por el cese de las importaciones (FURIÓ, “Les disettes en Catalogne”).

⁸⁷ C. ROTELLI, *Una campagna medievale. Storia agraria del Piemonte fra il 1250 e il 1450*, Turín, 1973.

⁸⁸ A. SALVATICO, *Crisi reali e carestie indotte. La produzione cerealicola nelle castellanie sabaude del Piemonte occidentale tra la metà del Duecento e il 1348*, Alessandria, 2004, y su artículo en el presente volumen. Antonella Salvatico murió, desgraciadamente, de manera prematura, semanas antes del coloquio, mientras se hallaba preparando su contribución al mismo.

⁸⁹ P. ALEXANDRE, *Le climat en Europe au Moyen Âge*, París, 1987. El ingente trabajo de recolección, crítica y ordenación de datos realizado por P. Alexandre desemboca en conclusiones extremadamente prudentes. Se puede, sin embargo, extraer (por ejemplo, p. 787, 785) la idea –por otra parte nada sorprendente– de una tendencia climática más fría y más húmeda a partir de finales del siglo XIII que preludiaría la “pequeña edad glacial” del siglo XIV ; *cf.* E. LE ROY LADURIE, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, 1967.

Más que de verdaderos ciclos de precios (correspondientes en líneas generales a ciclos de la producción agrícola) me parece mejor distinguir series de malos años y de años mejores. En Inglaterra, por ejemplo, el siglo XIII presenta tres series de malos años: el decenio 1247-1258 (dos veces dos malos años) y algunos años de comienzos (1201-1204) y de finales de este siglo (1293-1296). Hemos visto que en Inglaterra también, y quizás aún más, las secuencias de malos años correspondían a episodios de hambres.

La noción de “mala serie” de cosechas es muy importante en el alcance de las crisis: al cabo de dos o tres malas cosechas seguidas (1276-1278 y 1310-1312 en Italia, 1314-1316 en Flandes e Inglaterra) o próximas, los stocks no se reconstituyen, del mismo modo que sucede con el ganado que se ha sacrificado para comer o que ha perecido de epizootia.⁹⁰ Por otra parte, los campesinos no pueden reparar los desgastes causados por la primera carestía (devolver sus préstamos) y se ven obligados a vender su tierra (más abajo); los años 1310-1312 son, tanto en Toscana como en la región de Tolosa, el viraje decisivo en la expropiación campesina, que conocemos en detalle gracias a los registros notariales. Lo mismo ocurre en Inglaterra en 1315-1317: « court rolls are filled with land transfers as poorer people rushed to sell, lease out, or mortgage their land in order to raise money to buy corn »⁹¹.

4. LAS CONSECUENCIAS DE LAS CRISIS

4.1. *La cuestión demográfica*

a) Las carestías medievales son mortíferas?

Sólo excepcionalmente el hambre provoca mortalidades masivas

La mortalidad atribuible directamente al hambre en el Occidente de fines de la Edad Media es cuestión a debate.⁹² El hambre es, en mayor o menor grado, evitada o amortiguada por las medidas tomadas por las autoridades y por las facilidades de importación. Paradójicamente, se pasa mucha más hambre en el campo que en la ciudad. Por lo demás, el mecanismo de la

⁹⁰ Véase más abajo.

⁹¹ C. DYER, *Standards of living in the later Middle Ages. Social change in England, c. 1200-1520*, Cambridge, 1989, 266.

carestía (retención de stocks, mas que falta total de alimentos) da cierta flexibilidad al desarrollo de la crisis. La situación de los europeos del siglo XIV es, pues, a priori, menos desfavorable que la de sus antepasados de los siglos XI-XII, aunque sean más numerosos y las carestías se repitan con mayor frecuencia. Podemos preguntarnos si este carácter aparentemente más mortífero de las hambres alemanas del siglo XIII, en comparación con las inglesas o italianas, no debe ponerse en relación con la menor facilidad de envío de cargas de trigo. Uno tiene la impresión de que Alemania está más cercana a los mecanismos altomedievales, en los que el hambre puede traducirse directamente en mortalidad. En todo caso, la mejor posición para escapar a las graves hambres del siglo XIV es vivir en una gran ciudad al borde del mar. Las autoridades disponen de medios importantes, les resulta fácil y poco costoso hacer venir trigo de lugares de producción alejados y el mercado de las grandes aglomeraciones urbanas tiene tendencia a concentrar el abastecimiento y a aplicar precios menos elevados que en las pequeñas ciudades y los pueblos de áreas periféricas. De este modo, en 1315-1317 se muere dos veces menos en Brujas que en Ypres (véase más abajo), probablemente gracias a que la primera dispone de un gran puerto.

En efecto, parece claro que no se muere de hambre durante las carestías; en todo caso, no de forma masiva, salvo en casos particularmente agudos debido a la conjunción de varios factores negativos. El más frecuente es una mala cosecha combinada con la guerra –con devastaciones directas o, simplemente, con el bloqueo de importaciones de trigo–. Para Italia, por ejemplo, las opiniones están divididas, pero una única carestía parece realmente haber causado de manera directa un gran número de muertos: la de 1339-1340.⁹³ Ya Salimbene nunca refleja que la carestía tenga consecuencias mortíferas directas, cuando es un autor muy sensible a la mortalidad, por ejemplo a través del ritmo de entierros, del que da cifras precisas aparentemente sacadas de un registro oficial. Se puede pensar, no obstante, que cuando los cronistas, basados incluso en recuentos oficiales, no reflejan muertos durante una carestía, esta ausencia probablemente disimula las defunciones no reconocidas de los pobres empujados por el hambre del campo a la ciudad o errantes de una ciudad a otra. No obstante, cuando estas muertes marginales son realmente numerosas, se convierten en un acontecimiento y aparecen en las crónicas.

⁹² Ampliamente debatido para el Mediterráneo occidental en el seminario *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.

El hambre de 1315-1317

La mayor mortandad fue la que golpeó el noroeste de Europa (Flandes e Inglaterra) en 1315-1317. En Ypres, en siete meses, se cuentan 2660 muertos, es decir, cerca del 10% de la población estimada y el 5,5% en Brujas. En Inglaterra habría muerto una persona de cada 10, el 10 % de los varones adultos en las tierras del obispado de Winchester y hasta el 15 % en ciertos dominios.⁹⁴

Esta mortalidad excepcionalmente elevada se explica a la vez por la gravedad de la crisis agraria, debida a la coyuntura meteorológica, y por el hecho de que hasta este momento el noroeste de Europa había prácticamente ignorado las crisis alimentarias serias y no había puesto en marcha políticas de prevención y paliativos.

El desarrollo de la crisis se articula en tres cosechas muy malas que se encadenan entre 1314 y 1316 a causa de las lluvias excesivas. El precio del trigo se dispara a principios de 1315 y sube vertiginosamente los meses siguientes. Se llega a multiplicar hasta 24 veces en Flandes. Tras la excelente cosecha de 1317, los precios se hunden y se mantienen bajos hasta mediados de siglo XIV para bajar aún más después de la Peste y mantenerse durante un siglo. Todos los recursos agrarios desaparecen en 1314-1316, de ahí el excepcional impacto del hambre: cosechas, simiente para la siembra del año siguiente, leguminosas y ganado muerto por la epizootia. “Esta crisis frumentaria, de mecanismo clásico, se anuncia en 1314 tras unas cosechas deficientes seguidas de una alza del trigo, especialmente durante los primeros meses de 1315, cuando la soldadura se prevé difícil. Las lluvias continuadas, de la primavera al otoño, prolongaron la carestía hasta después de la campaña de 1316-1317. La carestía dio lugar a graves epidemias, especialmente en países superpoblados como Flandes, cuya alimentación dependía de las importaciones.”⁹⁵

No obstante, una mortalidad de tal envergadura es, por su intensidad, única en la historia de las hambres de la Europa medieval. Hambres menos espectaculares pero extendidas a gran parte del continente, en primer lugar la de 1347, tuvieron que provocar, sin embargo, un número de muertos comparable.

⁹³ G. PINTO, “Popolazione e comportamenti demografici in Italia (1250-1348)”, *Europa en los umbrales de la crisis : 1250-1350 (XXI Semana de Estudios Medievales, Estella, 18 a 22 de julio de 1994)*, Pamplona, 1995, 52.

⁹⁴ Estas cifras y estimaciones son adoptadas sucesivamente por muchos autores.

⁹⁵ PERROY, “A l’origine d’une économie contractée”, 171-172.

b) La carestía tiene consecuencias biológicas graves

Malnutrición

Debemos distinguir como hace A. Sen que distinguir la malnutrición crónica de la crisis alimentaria. Las carestías reiteradas causan una degradación permanente del estado de salud de las masas trabajadoras; obreros sin trabajo y campesinos sin tierra no vuelven a alcanzar una alimentación satisfactoria mientras los precios se mantienen elevados. La Roncière, estudiando el régimen alimenticio de los obreros florentinos, concluye que durante los diez años que anteceden a la Peste, en los que la carestía es recurrente, esta parte de la población florentina sufre deficiencias graves al no poder acceder regularmente a una alimentación suficiente y diversificada. El debilitamiento de los niños (del cual no sabemos casi nada para la Edad Media) debe ser especialmente notorio y pesar sobre la demografía.

La insuficiencia alimenticia no es solo cuantitativa. El elevado precio del trigo obliga a renunciar a otros alimentos. Por otra parte, el ganado desaparece durante las grandes carestías; es comido⁹⁶ o muere de hambre o de epidemias. Las epizootias son regularmente mencionadas por los cronistas; Matthew Paris refiere mortalidades de ovejas debidas a la sequía y al frío (1241) y de rebaños en general por epidemia (1252) y por ahogamiento (1253).

Epidemias

A las carestías parecen seguir múltiples epidemias, no siempre fáciles de identificar: el tifus por ejemplo. Sin embargo, la relación efectiva entre carestía y contagio epidémico es objeto de discusión. Las epidemias son, en efecto, muy numerosas (pero, del mismo modo que sucede con las carestías, los cronistas pueden haberles prestado mayor atención que antes) y se ha podido otorgar al siglo XIV el título de “edad de oro de las bacterias”.⁹⁷

⁹⁶ Es lo que sucede en Gante en la narración de Galbert, o en un monasterio alemán, en el que el abad, durante el hambre de 1197, hace cocer cada día un buey cortado a pedazos en tres grandes calderas para alimentar los pobres que allí afluyen. Así, sobrevivieron todos hasta la cosecha (CURSCHMANN, *Hungersnöte*, 160).

⁹⁷ S. L. Thrupp, citado por Ph. CONTAMINE, (dir.), *L'économie médiévale*, París, 1993, 332. Lista de los principales tipos de enfermedades epidémicas identificadas, *ibidem*. Véase BERTHE, *Famines et épidémies*. Sobre el papel de las epidemias y del hambre en la mortalidad, véase la síntesis de R. M. SMITH, “Periods of ‘Feast and Famine’. Food Supply and Long Term Changes in European Mortality c. 1200 to 1800”, *Alimentazione e nutrizione*, 159-186.

Hay que subrayar que desde el siglo XIII cronistas como Matthew Paris y Salimbene, que casi nunca dicen que se muere de hambre, establecen, en cambio, un nexo entre año de carestía y mortalidad el año siguiente.⁹⁸ En dos ocasiones, Salimbene erige en regla general la sucesión de una mortalidad a una carestía o a una epizootia (recalca la segunda vez que ya lo ha dicho). Así, en 1285, a propósito de una mortalidad acaecida en Tívoli, mientras el papa residía allí (2000 muertos):⁹⁹ “es una regla fija y general que una mortalidad de ganado es siempre seguida, el año siguiente, por una mortalidad de hombres. De la misma manera, la *carestia* es siempre seguida de mortalidad entre los hombres.”

4.2. Endeudamiento y mercado de la tierra

La crisis tiene, por otra parte, consecuencias estructurales: las más visibles recaen sobre el mercado de la tierra a través del endeudamiento. Tanto en Inglaterra como en Toscana o en la región de Tolosa la crisis alimentaria tiene repercusiones inmediatas y muy violentas sobre la propiedad campesina, con efectos de concentración¹⁰⁰ en beneficio de los campesinos ricos en Inglaterra¹⁰¹ y en el Lauragais de Maurice Berthe¹⁰² y de los ciudadanos en Italia.¹⁰³ En la Corona de Aragón, durante los siglos XIV-XV, la apropiación toma preferentemente la forma de la constitución de rentas. Los registros de los notarios italianos o valencianos y los de las jurisdicciones señoriales inglesas (*court rolls*) o tolosanas que perciben derechos de cambio sobre las transacciones agrarias son fuentes de primer orden para seguir este movimiento. De hecho,

⁹⁸ La epidemia sigue al hambre: noción clásica. Cf. también la relación de P. SAVY, “Sources narratives lombardes”.

⁹⁹ SALIMBENE DE ADAM, 806. El otro pasaje es p. 795. En una ocasión, en 1277, la mortalidad sigue la carestía el mismo año y no el año siguiente.

¹⁰⁰ La lectura chayanoviana de las crisis propuesta, por ejemplo, por E. LE ROY LADURIE, “En Haute-Normandie: Malthus ou Marx?”, AESC, XXXII (1978), próxima a ciertos trabajos ingleses (inexistencia de acumulación de tierras, circulación de tierras de carácter cíclico) no parece sostenible en la coyuntura de 1300, por ejemplo, en el contexto italiano.

¹⁰¹ La bibliografía inglesa sobre el mercado de la tierra es muy rica y precoz en relación con el resto de Europa, exceptuando España. Véase F. MENANT, “Comment le marché de la terre est devenu un thème de recherche pour les historiens du Moyen Âge”, FELLER L.; WICKHAM CH. (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, , Rome, 2005, 195-216.

¹⁰² Berthe, «Marché de la terre», establece a la perfección el nexo entre crisis alimentaria y concentración de tierras a través del endeudamiento. Aquí son los habitantes ricos de la campiña quienes adquieren tierras, porque la costumbre local prohíbe vender a los forasteros.

¹⁰³ Es posible orientarse en la amplia bibliografía existente a partir de J.L. Gaulin y F. Menant, “Crédit rural et endettement paysan dans l’Italie communale”, *Endettement paysan et crédit rural dans l’Europe médiévale et moderne*, Toulouse, 1998, 35-68, y de G. Pinto, “Note sull’indebitamento contadino e lo sviluppo della proprietà fondiaria cittadina nella Toscana tardomedievale”, *Ricerche Storiche*, X (1980), 3-19.

gracias a estas fuentes, la expropiación agraria es probablemente el mejor observatorio de la angustia del mundo rural golpeado por las carestías; es un reflejo exacto, tanto en cantidad como en cronología, del efecto de las carestías.¹⁰⁴ Las cortes señoriales registran las ventas de tierras otorgadas por los campesinos, ya sea directamente para comprar trigo en el momento de la carestía, *propter magnam indigentiam panis*¹⁰⁵, ya sea algunos años después para liquidar los préstamos alimentarios contraídos durante la carestía, que son incapaces de devolver. Los propios notarios registran también los préstamos y dan así una imagen directa de la inflación del crédito en tiempos de penuria. En un año de crisis como 1340, el 20 % de los contratos relativos a bienes muebles registrados en Siena consisten en avances de dinero o de trigo o en compras de cosechas *in situ* (una forma de crédito característica de los años de carestía y particularmente onerosa), mientras que en año normal solo cerca del 5 % de los contratos responden a este modelo.¹⁰⁶

Una crisis corta y, sobre todo, una serie de crisis cortas que se encadenan y se acumulan (dos o tres malos años seguidos) pueden tener consecuencias estructurales definitivas, acelerando e intensificando una evolución ya en curso. Pasaré muy rápidamente sobre este aspecto de sobra conocido, aunque nunca repetiremos lo bastante que esta consecuencia de las carestías parece fundamental tanto en la Italia comunal como en la región de Tolosa. Las penurias reiteradas de finales del siglo XIII y de mediados del XIV aceleraron y completaron el proceso de expropiación campesina en curso desde hacía tiempo. Provocaron la transformación de una sociedad rural de pequeños y medianos propietarios y tenentes enfitéuticos en una sociedad de proletarios y campesinos tenentes en la que los propietarios son en adelante los ciudadanos y una pequeña élite rural. Las fuentes toscanas, por ejemplo, son muy claras en este aspecto: registros notariales y listas fiscales muestran que toda la tierra –especialmente la buena tierra y la más cercana a la ciudad– es propiedad de ciudadanos. A partir de 1317, el 80 % del contado de Siena pertenece a ciudadanos y esta proporción aumenta rápidamente durante esta carestía. Transformaciones concomitantes afectan la explotación, las estructuras de la producción, el hábitat y el paisaje, con la formación de la *mezzadria* toscana y umbriense y de la gran *corte* irrigada del norte, que sustituyen a los pueblos.

¹⁰⁴ Cf., por ejemplo, el gráfico de Berthe, «Marché de la terre», p. 300, en el que las brutales oscilaciones del mercado de la tierra siguen los altos y bajos de la producción agraria, con un desfase atribuible al crédito. La transferencia de tierras se produce en el momento en que el campesino se muestra incapaz de devolver el préstamo contraído en el momento de la carestía. Demade, “Transactions foncières et transactions frumentaires”, propone otra versión de esta correlación entre cosechas y transacciones de tierras en un contexto muy diferente.

¹⁰⁵ BERTHE, “Marché de la terre”, 304.

¹⁰⁶ GAULIN; MENANT, “Crédit rural et endettement paysan dans l’Italie communale”.

Las comunidades rurales, igual que las ciudades, también pueden endeudarse para pagar el impuesto o para comprar trigo en tiempo de crisis y verse obligadas, en consecuencia, a vender sus medios de producción colectivos para pagar sus deudas. Es lo que sucede a las ciudades de la llanura padana entre los siglos XIII y XIV; pierden los terrenos comunales, los canales de irrigación, los molinos, etc. La proletarización colectiva se añade a la proletarización individual de los habitantes del medio rural.

4.3. *La diferenciación social y el papel de las élites*

Las carestías acentúan la diferenciación social y participan (por decirlo rápidamente) del bloqueo social que se produce desde finales del siglo XIII. El que puede prestar se enriquece y engrandece su propiedad, como ese cura inglés que en 1316-1317 adquiere cuatro mansos de pequeños propietarios, unos comprados directamente, otros hipotecados y posteriormente confiscados por no haberle devuelto el préstamo,¹⁰⁷ o como una minoría de campesinos ricos del Lauragais, contemporáneos suyos.¹⁰⁸ Los prestatarios, al contrario, son forzados a vender su tierra y bajan en la escala social. Abordamos aquí un tema más general, el del endeudamiento y del mercado de la tierra como factores determinantes de la diferenciación social entre el siglo XIII y mediados del siglo XIV. El caso italiano es espectacular:¹⁰⁹ las élites rurales desaparecen casi por completo a partir de finales del siglo XIII; unos, enriquecidos, se marchan a la ciudad; el resto (la mayoría) se endeudan, pierden su tierra y son proletarizados *in situ* como tenentes o jornaleros o en la ciudad como obreros y braceros. El crédito, centrado la mayoría de veces en las necesidades alimenticias, sobre todo en los casos agudos, es el instrumento de la desposesión. El dinero viene, en buena medida, del otro lado de los Alpes, proporcionado por los banqueros y mercaderes italianos que lo invierten rápidamente en la tierra, a través del préstamo a los campesinos. Las carestías, manipuladas por estos mismos ciudadanos ricos, desembocan en la apropiación de las tierras de los campesinos. Aparecen como un factor importante en el bloqueo de la movilidad social, que es el fenómeno social más destacado entorno a 1300. Los ciudadanos que consiguen despojar a los campesinos son a su vez nietos o bisnietos de campesinos ricos que

¹⁰⁷ DYER, *Standards of living*, 266.

¹⁰⁸ Véase más arriba.

¹⁰⁹ Cf., por ejemplo, G. PINTO, “Bourgeoisie de village et différenciations sociales dans les campagnes de l’Italie communale (XIII^e-XV^e siècles)”, JESSENNE, J.-P.; MENANT, F. (dir.), *Les élites rurales dans l’Europe médiévale et moderne. Journées internationales de l’abbaye de Flaran (9 et 10 septembre 2005)* (en curso de publicación).

se han instalado en la ciudad y han proseguido su enriquecimiento (en el que el crédito juega siempre un papel importante) y su ascenso social. Las reiteradas carestías de esta época adquieren, de esta manera, una dimensión social de primera importancia.

ORIENTACIÓN BIBLIOGRÁFICA

Esta lista comprende las fuentes y los trabajos citados en las notas, así como algunos otros estudios útiles para una visión de conjunto del tema.

- ABEL, Wilhelm, *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur in Mitteleuropa vom 13. bis zum 19. Jahrhundert*, Berlín–Hamburgo, 1935 (2^a edición revisada, 1966). Edición citada en el texto: *Crise agraires en Europe (XIII^e-XX^e siècle)*, París, 1973.
- AGNOLO DI TURA DEL GRASSO, *Cronaca senese*, dans *Cronache senesi, RR II SS*, XV/6, Bolonia, 1939, 483.
- ALBINI, G., “Un problema dimenticato: carestie ed epidemie nei secoli XI-XIII. Il caso emiliano”, COMBA, R.; NASO, I. (dir.), *Demografia e società nell’Italia medievale (secc. IX-XIV)*, Cuneo, 1994, 47-67.
- ALEXANDRE, P., *Le climat en Europe au Moyen Âge. Contribution à l’histoire des variations climatiques de 1000 à 1425, d’après les sources narratives de l’Europe occidentale*, París, 1987.
- Alimentazione e nutrizione, secc. XIII-XVIII. Atti della Ventottesima Settimana di Studi 22-27 aprile 1996*, Prato, 1997.
- AYMARD M., artículo “Crise, structure/conjoncture”, J. LE GOFF (dir.), *La nouvelle histoire*, París, 1978.
- BENITO I MONCLUS, P., “*Et hoc facimus propter necessitatem famis...* Possibilitats de les fonts documentals catalanes per a l’estudi de les crisis alimentàries dels segles X-XIII”, *Acta Historica et Archaeologica Mediaevalia*, 25 (2003-2004), 39-62.
- BERTHE, M., “Marché de la terre et hierarchie paysanne dans le Lauragais Toulousain vers 1270-vers 1320”, *Campagnes médiévales: l’homme et son espace. Études offertes à Robert Fossier*, París, 1995, 297-311.
- BERTHE, M., *Famines et épidémies dans les campagnes navarraises à la fin du Moyen Âge*, 2 vol., París, 1984.
- BOIS, G., *Crise du féodalisme*, París, 1976.
- BOIS, G., *La grande dépression médiévale. XIV^e et XV^e siècles. Le précédent d’une crise systémique*, París, 2000.
- BOURIN, M., *Temps d’équilibre, temps de ruptures. XIII^e siècle*, París, 1990 (Nouvelle histoire de la France médiévale, 4).
- BOURIN, M.; MENANT, F., “Introduction”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300* (publicación en curso), 3-4.
- BOUVIER, J., “Les crises économiques”, LE GOFF, J.; NORA, P. (dir.), *Faire de l’histoire*, 2, París, 1974, 25-50.
- BRESC, H., artículo “Famine”, *Dictionnaire du Moyen Âge*, 516.
- BRITNELL, R., *The commercialisation of English society 1000-1500*, Cambridge, 1993.
- BRUNETON-GOVERNATORI, A., *Le pain de bois. Ethnohistoire de la châtaigne et du châtaignier*, Toulouse, 1984.

- CARRASCO, J., “Europa en los umbrales de la crisis”, *Europa en los umbrales de la crisis : 1250-1350 (XXI Semana de Estudios Medievales, Estella, 18 a 22 de julio de 1994)*, Pamplona, 1995, 17-36.
- CAVACIOCCHI, S. (dir.), *Il mercato della terra. Atti della trentacinquesima Settimana di studi (5-9 maggio 2003)*, Grassina, 2004 (Istituto di storia economica F. Datini, Prato).
- CHERUBINI, G., “La civiltà del castagno in Italia alla fine del Medioevo”, *Archeologia Medievale*, 8 (1981), 247-280.
- CONTAMINE, Ph. (dir.), *L'économie médiévale*, París, 1993.
- CORTONESI, A., “I cereali nell'Italia del tardo Medioevo. Note sugli aspetti qualitativi del consumo”, *Alimentazione e nutrizione, secc. XIII-XVIII*, 263-277.
- La croissance agricole du haut Moyen Âge. Chronologie, modalités, géographie (Actes des Xes Journées internationales d'histoire de l'abbaye de Flaran, septembre 1988)*, Auch, 1990.
- CURSCHMANN, F., *Hungersnöte im Mittelalter. Ein Beitrag zur deutschen Wirtschaftsgeschichte des 8. bis 13. Jahrhundert*, Leipzig, 1900, reedición Aalen, 1970.
- DEMADE, J., “Transactions foncières et transactions frumentaires: une relation de contrainte ou d'opportunité? L'exemple des tenanciers de l'Hôpital de Nuremberg (1432-1527)”,
- FELLER, L.; WICKHAM, Ch. (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, Roma, 2005, 341-403.
- DESPORTES, F., *Le pain au Moyen Âge*, París, 1987.
- DEVROEY, J.-P., *Économie rurale et société dans l'Europe franque (VIe-IXe siècles)*, I, París, 2003.
- Dinámicas comerciales del mundo rural : actores, redes y productos*, seminario celebrado en la Casa de Velázquez, Madrid (17-19 octubre de 2005) (actas en curso de preparación; resúmenes en línea en la página Web del departamento de historia de la École Normale Supérieure: <http://www.histoire.ens.fr>).
- Les disettes dans la conjoncture de 1300 en Méditerranée occidentale*, seminario celebrado en la École française de Roma (febrero de 2004) (actas en curso de preparación; resúmenes en línea en la página Web del departamento de historia de la École Normale Supérieure: <http://www.histoire.ens.fr>).
- DOCKES, P.; ROSIER, B., *Rythmes économiques, crise et changement social. Une perspective historique*, París, 1983.
- DRENDEL, J., “Les disettes en Provence”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- DRÈZE, J.; SEN, A., *The Political Economy of Hunger*, Oxford, 1991 (reedición de 1999).
- DUBY, G., *L'économie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval*, 2 vol., París, 1962.
- DYER, C., *Standards of living in the later Middle Ages. Social change in England, c. 1200-1520*, Cambridge, 1989.
- Europa en los umbrales de la crisis : 1250-1350 (XXI Semana de Estudios Medievales, Estella, 18 a 22 de julio de 1994)*, Pamplona, 1995.
- FELLER L.; WICKHAM CH. (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, Roma, 2005.
- FLANDRIN, J.-L.; MONTANARI, M. (dir.), *Histoire de l'alimentation*, París, 1996.
- FURIO, A., “Les disettes en Catalogne et dans le royaume de Valence”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- GALBERT DE BRUGES, *De multro, traditione et occisione gloriosi Karoli comitis Flandriarum*, RIDER, J. (ed.), Turnhout, 1994 (traducción francesa de J. Gengoux, *Le meurtre de Charles le Bon*, Amberes, 1978).

- GARNSEY, P., *Famine et approvisionnement dans le monde gréco-romain. Réactions aux risques et aux crises*, Paris, 1996 (traducción francesa).
- GARNSEY, P. (dir.), *Cities, peasants and food in classical Antiquity. Essays in social and economic history*, Cambridge, 1998.
- GARNSEY, P., “Responses to food crisis in the ancient mediterranean world”, *Hunger in history*, 126-146.
- GAULIN, J.-L.; MENANT, F., “Crédit rural et endettement paysan dans l’Italie communale”, *Endettement paysan et crédit rural dans l’Europe médiévale et moderne (Actes des XVIIes Journées internationales d’histoire de l’abbaye de Flaran, septembre 1995)*, Toulouse, 1998, 35-68.
- GILLLES, Ph. , *Crises et cycles économiques*, París, 2002.
- GRÉGOIRE DE TOURS, *Historia Francorum*, edición y traducción de R. Latouche, 2 vol., París, 1975 (reedición).
- GRENIER, J.-Y., *L’économie d’Ancien Régime. Un monde de l’échange et de l’incertitude*, París, 1996.
- GRENIER, J.-Y., “Questions sur l’histoire économique: les sociétés préindustrielles et leurs rythmes”, *Revue de Synthèse*, III serie, 116 (1984), 451-481.
- GUERREAU, A., artículo “Crise”, *Dictionnaire du Moyen Âge*, París, 2002, 369-370.
- HALSTEAD, P.; O’SHEA, J. (eds.), *Bad Year Economics. Cultural Responses to Risk and Uncertainty*, Cambridge, 1989.
- JORDAN, W. C., *The Great Famine*, Princeton, 1992.
- KAPLAN, S. L., *Provisioning Paris. Merchants and Millers in the Grain and the Flour Trade during the Eighteenth Century*, Ithaca-Londres, 1984.
- LABROUSSE, E., *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle*, París, 1932 (reedición parcial: *Les prix*, París, 1970).
- LABROUSSE, E., *Le prix du froment en France au temps de la monnaie stable (1726-1913)*, París, 1970.
- LABROUSSE, E., *Histoire économique et sociale de la France, II (1660-1789)*, París, 1993.
- LABROUSSE, E., *La crise de l’économie française à la fin de l’Ancien Régime et au début de la Révolution*, París, 1943.
- LACHIVER, M., *Les années de misère: la famine au temps du Grand Roi, 1680-1720*, París, 1991.
- LALIENA, C., “Las hambres y Carestías en Aragón y Navarra (1280-1347)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- LARENAUDIE, M.-J., “Les famines en Languedoc aux XIV^e et XV^e siècles”, *Annales du Midi*, 1952, 23-35.
- LA RONCIERE, Ch. M. de, “L’approvisionnement des villes italiennes au Moyen Âge (XIV^e-XV^e siècles)”, *L’approvisionnement des villes de l’Europe occidentale au Moyen Âge et aux Temps Modernes (Actes des Ves Journées internationales d’histoire de l’abbaye de Flaran, septembre 1983)*, Auch, 1985, 33-51.
- LA RONCIERE, Ch. M. de, *Firenze e le sue campagne nel Trecento. Mercanti, produzione, traffici*, Florencia, 2005.
- LA RONCIERE, Ch. M. de, *Prix et salaires à Florence au XIV^e siècle, 1280-1380*, Roma, 1982.
- LA RONCIERE, Ch. M. de, “Les famines à Florence et dans sa campagne au XIV^e siècle (1280-1380)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- LE GOFF, J., “Bulletins météorologiques au XIII^e siècle”, *Milieux naturels, espaces sociaux. Études offertes à Robert Delort*, París, 1997, 55-70.

- LE JAN, R., “Le don et le produit sauvage au haut Moyen Âge”, *L'uomo e la foresta*, Prato, 1996 (reedición en *Femmes, pouvoir et société au haut Moyen Âge*, París, 2001).
- LE ROY LADURIE, E., “En Haute-Normandie: Malthus ou Marx?”, *AESC*, XXXII (1978) (reseña de G. Bois, *Crise du féodalisme*).
- LE ROY LADURIE, E., *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, 1967.
- MCCORMICK M., *Origins of the European Economy. Communication and Commerce*, Cambridge, 2001.
- MAINONI, P., “Crisi di sussistenza, mortalità e produzione dei panni in area bergamasca (1276-1278)”, R. COMBA, R.; NASO, I. (dir.), *Demografia e società nell'Italia medievale (secc. IX-XIV)*, Cuneo, 1994, 79-86.
- MATTHEW PARIS, *Chronica majora*, edición de H.R. Luard, 7 vol., Londres, 1872-1883.
- MAZZI, M.S., “Demografia, carestie, epidemie tra la fine del Duecento e la metà del Quattrocento”, *Storia della società italiana*, 7, *La crisi del sistema comunale*, Milán, 1982, 11-37.
- MENANT, F., artículo “Famine”, *Les Capétiens. Histoire et dictionnaire*, París, 1999, 848.
- MENANT, F., “Genèse d'un petit peuple: la paysannerie lombarde à l'époque des communes”, *Le petit peuple au Moyen Âge* (Montréal, octubre 1999), París, 2004.
- MENANT, F., “Comment le marché de la terre est devenu un thème de recherche pour les historiens du Moyen Âge”, FELLER L.; WICKHAM CH. (dir.), *Le marché de la terre au Moyen Âge*, , Rome, 2005, 195-216.
- MILLER, J. A., *Mastering the Market. The State and the Grain Trade in Northern France, 1700-1860*, Cambridge, 1999.
- MONTANARI, M., *L'alimentazione contadina nell'alto Medioevo*, Nápoles, 1979.
- MONTANARI, M., *La faim et l'abondance. Histoire de l'alimentation en Europe*, París, 1995.
- MONTANARI, M., “Structures de production et systèmes d'alimentation”, *Histoire de l'alimentation*, París, 1996, 283-293.
- MONTANARI, M., “Vegetazione e alimentazione”, *L'uomo e la foresta*, Prato, 1996, 281-327.
- NEWMAN, L.F.; HERLIHY, D. et alii, “Agricultural intensification, urbanization, and hierarchy”, NEWMAN, L.F. (ed.), *Hunger in history*, 101-125.
- NEWMAN, L.F. (ed.), *Hunger in History. Food Shortage, Poverty and Deprivation*, Oxford, 1990.
- NIERMEYER, J. F., *Mediae latinitatis lexicon minus*, Leyde, 1984, artículo “caristia”.
- PALERMO, L., *Sviluppo economico e società preindustriali. Cicli, strutture e congiunture in Europa dal medioevo alla prima età moderna*, Roma, 1997.
- PALERMO, L., “Carestie e cronisti nel Trecento: Roma e Firenze nel racconto dell'Anonimo e di Giovanni Villani”, *Archivio Storico Italiano*, 142 (1984), p. 343-375.
- PALERMO, L., “Le politiche economiche della carestia: l'area italiana tra XIII e XIV secolo”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- PALERMO, L.; STRANGIO, D., “Politiche dell'alimentazione e carestie nello Stato della Chiesa: un modello di lungo periodo (secoli XIV-XVIII)”, *Alimentazione e nutrizione*, 325-338.
- PERROY, E., “A l'origine d'une économie contractée: les crises du XIV^e siècle”, *Annales ESC*, 1949, 165-182.
- PIER DE'CRESCENZI, *Ruralium commodorum libri XII* (traducción italiana: *Trattato della agricoltura*, 3 vol., Milán, 1805).
- PINTO, G., “Bourgeoisie de village et différenciations sociales dans les campagnes de l'Italie communale (XIII^e-XV^e siècles)”, JESSENNE, J.-P.; MENANT, F. (dir.), *Les élites rurales dans l'Europe médiévale et moderne. Journées internationales de l'abbaye de Flaran (9 et 10 septembre 2005)* (en curso de publicación).

- PINTO, G., *Il libro del biadaiol. Carestie e annona a Firenze dalla metà del 200 al 1348*, Florencia, 1978.
- PINTO, G., “Firenze e la carestia del 1347. Aspetti e problemi della crisi annonaria alla metà del ‘300”, *Archivio storico italiano*, 130 (1972), 3-84 (reedición en PINTO, G., *La Toscana nel tardo Medioevo*, Florencia, 1982, 333-398).
- PINTO, G., “Note sull’indebitamento contadino e lo sviluppo della proprietà fondiaria cittadina nella Toscana tardomedievale”, *Ricerche Storiche*, X (1980), 3-19 (reedición bajo el título “Aspetti dell’indebitamento e della crisi della proprietà contadina”, PINTO, G., *La Toscana del tardo Medioevo : ambiente, economia rurale, società*, Florencia, 1982, 207-225).
- PINTO, G., “Popolazione e comportamenti demografici in Italia (1250-1348)”, *Europa en los umbrales de la crisis : 1250-1350 (XXI Semana de Estudios Medievales, Estella, 18 a 22 de julio de 1994)*, Pamplona, 1995, 37-62.
- PINTO, G., “La coscienza della carestia nei comuni italiani”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- PITTE, J.-R., *Terres de castanide. Hommes et paysages du châtaignier de l’Antiquité à nos jours*, París, 1986.
- POMIAN, K., artículo “Cycle, périodisation, temporalité historique”, LE GOFF, J. (dir.), *La nouvelle histoire*, París, 1978.
- PUIG C.; RUAS, M.-P., “L’apport de l’étude du stockage à notre connaissance de la conjoncture alimentaire autour de 1300 (Catalogne, Roussillon, Languedoc)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- RAOUL GLABER, *Histoires*, edición y traducción de M. Arnoux, Turnhout, 1996.
- REDON, O.; BRUNET, J. (dir), *Tables florentines. Écrire et manger avec Franco Sacchetti*, París, 1984.
- REGLERO, C., “Las hambres en la Corona de Castilla (1250-1348)”, *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- RIERA MELIS, A., “Els pròdroms de les crisis agràries de la Baixa Edat Mitjana a la Corona d’Aragó. 1: 1250-1300”, *Miscel·lania en homenatge al P. Agustí Altisent*, Tarragona, 1991, 35-72.
- RIERA MELIS, A., “Société féodale et alimentation (XII^e-XIII^e siècles)”, FLANDRIN, J.-L.; MONTANARI, M. (dir.), *Histoire de l’alimentation*, París, 1996, 397-418.
- RIERA MELIS, A.; PÉREZ SAMPER, M. A.; GRAS, M., “El pan en las ciudades catalanas (siglos XIV-XVII)”, *Alimentazione e nutrizione*, 285-300.
- ROSENBERGER, B., “Recettes pour les temps de disette: les plantes de secours au Maroc”, GRIECO, A. J.; REDON, O.; TONGIORGI TOMASI, L. (dir.), *Le monde végétal (XII^e-XVII^e siècles). Savoirs et usages sociaux*, París, 1993, 31-58.
- ROTELLI, C., *Una campagna medievale. Storia agraria del Piemonte fra il 1250 e il 1450*, Turín, 1973 (recensión de R. Comba, “Su una campagna medievale: il Piemonte fra XIII e XV secolo”, *Rivista Storica Italiana*, 87 [1975], 736-748).
- RUAS, M.-P., “Alimentation végétale, pratiques agricoles et environnement du VII^e au X^e siècle”, *Un village au temps de Charlemagne. Moines et paysans de l’abbaye de Saint-Denis du VII^e siècle à l’An Mil*, París, 1988, 203-213.
- RUAS, M.-P.; MARINVAL, P., “Alimentation végétale et agriculture d’après les semences archéologiques (de 9000 av. J.-C. au XV^e siècle)”, *Pour une archéologie agraire. A la croisée des sciences de l’homme et de la nature*, París, 1991, 409-439.
- SALIMBENE DE ADAM, *Cronica*, edición de G. Scalia, 2 vol., Turnhout, 1998.

- SALVATICO, A., *Crisi reali e carestie indotte. La produzione cerealicola nelle castellanie sabaude del Piemonte occidentale tra la metà del Duecento e il 1348*, Alessandria, 2004.
- SAVY, P., "Sources narratives lombardes sur les disettes entre le XIII^e et le XIV^e siècle", *Les disettes dans la conjoncture de 1300*.
- SEN, A., *Poverty and famines ; an essay on entitlement and deprivation*, Oxford, 1981 (reedición de 1999).
- SEN, A., *Repenser l'inégalité*, París, 2000.
- SMITH, R. M., "Periods of 'Feast and Famine'. Food Supply and Long Term Changes in European Mortality c. 1200 to 1800", *Alimentazione e nutrizione*, 159-186.
- SQUATRITI, P., *Water and Society in Early Medieval Italy. A. D. 400-1000*, Cambridge, 1998.
- STOUFF, L., *Ravitaillement et alimentation en Provence aux XIV^e et XV^e siècles*, París, 1970.
- STOUFF, L., "Grains et pain dans la Provence de la fin du Moyen Âge", *Les céréales en Méditerranée*, París, 1994, 39-50.
- STOUFF, L., *La table provençale. Boire et manger en Provence à la fin du Moyen Âge*, Avignon, 1996.
- TARTAKOWSKY, D. (dir.), *Crises et ruptures en Histoire*, Saint-Denis, 2002.
- WEIR, D.R., "Les crises économiques et les origines de la Révolution française", *AESC*, 46 (1991), 917-947.
- WICKHAM, Ch.; KAMEN, H.; HERNÁNDEZ SANDOCA, E. (dir.), *Las crisis en la historia, sextas jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca [Salamanca, jun.1994]*, Salamanca, 1995.
- VILAR, P., *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, 1962 (traducción catalana: *Catalunya dins l'Espanya moderna*, Barcelona, 3 vols., 1964-1968).